

Antes de que existiera algo del universo actual, Dios, quien no tiene principio, está presente. Y nos permite asistir al desarrollo de su trabajo de creación. Cuando nosotros queremos fabricar un objeto cualquiera, tenemos necesidad, primeramente, de cierto material. Pero a Dios le basta con hablar para que todo se haga a partir de nada. Dice, y he aquí, aparecen el cielo, la tierra, la luz, las nubes, los mares, “lo seco”, el firmamento con sus lumbreras: el sol, la luna, las innumerables estrellas, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, la prodigiosa variedad de plantas y animales. Este relato, tan majestuoso como simple a la vez, da una respuesta definitiva a la gran pregunta que los hombres, desde siempre, no han cesado de hacerse: “¿Quién midió las aguas... los cielos con su palmo... y pesó los montes...? ¿Quién creó estas cosas?” (Isaías 40:12, 26; Proverbios 30:4). Sí, ¿quién dibujó la forma perfecta de los cristales de nieve, quién construyó la extraordinaria estructura del insecto más ordinario, quién escogió el color y el perfume de la flor más común? Hebreos 1:2, 3 nos da la respuesta: Jesús, el autor de nuestra salvación, es también el Creador de todas esas maravillas (ver también Proverbios 8:27-31).

---

Un reloj de pared atestigua la habilidad del relojero que lo ha construido, así como “los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1). “Mirad las aves del cielo... Considerad los lirios del campo...”, invita el Señor Jesús (Mateo 6:26, 28). ¡Desgraciadamente, cuántos continúan ciegos ante esas bellezas de la naturaleza, no sabiendo discernir “su eterno poder y deidad”! (Romanos 1:20). Los incrédulos han procurado reemplazar esos versículos tan claros con sus propias teorías sobre los orígenes del universo y de la vida. Pero no temamos a las especulaciones del espíritu humano ni a los descubrimientos geológicos, pues jamás harán vacilar la más mínima declaración divina. Recordemos que en esta esfera no es la **Ciencia** la que puede instruir, ni la **inteligencia** la que puede comprender. La **Palabra** es la que instruye y la **fe** es la que comprende (leer Hebreos 11:3).

¡Qué contraste hay entre el versículo 2 y el 31! Donde reinaban las **tinieblas**, Dios hace resplandecer la **luz**. De una escena de **desolación**, hace un mundo ordenado y habitable. Pero la tierra está aún **vacía**. Y Dios, “que formó la tierra... no la creó en vano, para que fuese habitada la creó” (Isaías 45:18). Mediante un último acto soberano, crea al hombre y lo hace **a su imagen**, su representante, jefe de toda la creación.

“En seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó (encontró alivio)” (Éxodo 31:17).

Él mismo encuentra satisfacción en el gozo que ha preparado para su criatura. En la creación admiramos la **potestad** de Dios, quien es capaz de disponer millones de estrellas en la inmensidad del cielo, de imponer límites al mar, de controlar las fuerzas del relámpago y del viento, como también de formar un hombre con un puñado de polvo (Salmo 8:3). Admiramos igualmente su **sabiduría**, la cual midió el tiempo y las estaciones, estableció un equilibrio en toda la naturaleza, dio leyes a las plantas e instintos a los animales (Salmo 104:24). Pero también admiramos su **misericordia**. Hizo los cielos, extendió la tierra sobre las aguas, estableció grandes lumbreras... “porque para siempre es su misericordia” (Salmo 136). Con la ternura de una madre que ha preparado de antemano todo lo necesario para el niño que va a dar a luz, Dios pone al hombre en unas condiciones ideales. Lo instala en un jardín de delicias en el cual no tendrá más que gozar del reposo de su Creador. Al soplar en su nariz “aliento de vida” (v. 7), Dios hace de él (a diferencia del animal) un alma viviente e imperecedera, responsable ante Él.

---

Dios puso al hombre en el centro de su bella creación para que la administrara como un gerente. Le prohibió una sola cosa: comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Esta prueba de su **obediencia** corresponde a su posición de criatura responsable. El hombre no está sometido, como el animal, a impulsos irracionales. Fue creado libre y, por lo tanto, debe obedecer a su Creador. Asistimos al primer acto de la administración de Adán: dar nombres a los seres vivientes. Éstos están para servir al hombre, pero, cualquiera que sea su grado de inteligencia, ninguno corresponde a las facultades superiores de él, y tampoco a las necesidades íntimas de sus afectos. Ahora bien, la soledad no convenía al hombre; éste necesitaba a alguien con quien compartir sus pensamientos, que gozara con él de los dones divinos y diera gracias con él a Aquel que los había otorgado. El amor de Dios comprendió esta necesidad y respondió dando al hombre una esposa, ayuda inteligente y dotada de afectos como él.

Al mismo tiempo tenemos aquí el misterio de Cristo, quien entró en el sueño de la muerte, y luego recibe a la Iglesia –su Esposa– de manos de Dios para sustentarla y cuidarla (Efesios 5:29-32). “Grande es este misterio”, exclama el apóstol, porque “somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”.

La felicidad del hombre en Edén será de corta duración. El diablo, en forma de una serpiente, se introduce en el jardín y se gana la confianza de la mujer, al mismo tiempo que insinúa la desconfianza hacia Dios. Éste no los ama –sugiere– puesto que los priva de una ventaja tan grande. No solamente no morirán, sino que serán **“como Dios”** (v. 5). El engañador siembra así el orgullo y la envidia en el pobre corazón humano (en contraste leer Filipenses 2:6).

“La concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado...” (Santiago 1:15). Desgraciadamente el hombre fue engañado, pues el conocimiento del bien y del mal no le dio ninguna fuerza para hacer el bien ni para evitar el mal. Su primer efecto fue hacerle tomar conciencia de su desnudez: lo que es por naturaleza, un estado del que tiene vergüenza. El delantal de hojas de higuera que se confecciona no hace más que ilustrar los vanos esfuerzos de la humanidad por esconder su miseria moral. Pero “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). “¿Dónde estás tú?” (v. 9). “¿Has comido del árbol...?” (v. 11). “¿Qué es lo que has hecho?” (v. 13). Todas estas preguntas son terribles y excluyen cualquier excusa.

---

Dios juzga la responsabilidad de cada uno de los culpables y anuncia su triple sentencia. A la serpiente le dice que “la simiente” de la mujer (Cristo), le herirá la cabeza, o sea que destruirá su potencia. Tan pronto como el pecado entra en el mundo, Dios hace conocer el remedio que tenía ante Él. A la mujer le quedan reservados los sufrimientos de la maternidad; en cuanto al hombre, el trabajo penoso será su parte hasta que se cumpla para unos como para otros la sentencia inevitable: “Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 5:12; 6:23). La fe en el Redentor prometido permite a Adán responder a esta condenación de **muerte** llamando a su mujer Eva: **vivir**. A su vez, Dios responde a esta fe substituyendo el delantal de los recursos del hombre por túnicas de pieles; esto nos enseña una verdad capital: la única justicia con la que el hombre se puede ataviar es aquella con la que Dios mismo lo vistió. Pero, así como esta túnica era la piel de una víctima, la justicia con la cual Dios cubre al pecador es la de Cristo, el Cordero sacrificado.

¡Cuán consolador es comprobar que Dios no expulsa al hombre del jardín antes de haberle revelado bajo una forma figurada sus pensamientos de gracia y salvación!

Desde el principio de la humanidad, dos razas se perfilan. **Caín**, primer hombre nacido en la tierra, es el antepasado de todos los que se apoyan en su propia justicia. Satisfecho de él mismo y de sus obras, inconsciente del pecado y de sus consecuencias, se presenta ante Dios con el fruto de su propio trabajo, fruto de una tierra maldita. ¿Cómo podría Dios apreciarlo? **Abel**, el segundo hombre, es el fundador de la descendencia de la fe; encabeza la lista de honor del capítulo 11 de la epístola a los Hebreos (v. 4). El sacrificio que ofrece es “más excelente” que el de Caín porque lo ha presentado con la inteligencia del pensamiento de Dios.

Después del pecado del hombre contra Dios (capítulo 3), tenemos aquí su pecado **contra su prójimo**. Caín mata a su hermano. Y la Palabra, la cual discierne los pensamientos y las intenciones del corazón, revela el motivo de su acción: **los celos**. “¿Por qué le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas” (1 Juan 3:12). Cuando más tarde el Señor Jesús vino a la tierra, los judíos le mataron por el mismo motivo. Su perfección hacía resaltar las malas obras de ellos. Derramaron la sangre del verdadero Justo y el castigo de ellos es actualmente el de Caín: están dispersos y son perseguidos en la tierra.

---

Caín, condenado a ser vagabundo, trata de evitar el destino que Dios le ha asignado y se instala en el mundo cómodamente. Construye una ciudad para él y sus descendientes, y cada uno de ellos encuentra una ocupación a su gusto. Pero el «progreso social» no corrige la naturaleza humana. La raza de Caín se parece a su jefe de fila. La violencia y el espíritu de provocación del primer homicida de la historia se reproducen en su descendiente Lamec. Esta escena nos ofrece un resumen del mundo actual que dio muerte a Jesús, el verdadero Abel. Todo continúa como si nada hubiese pasado, como si la crucifixión del Señor no hubiese existido. Se ha organizado para vivir en la tierra lo más agradablemente posible. Nada falta: ciencias, artes, industria e incluso religión. Sólo Jesús casi siempre está ausente.

Pero, paralelamente a la descendencia de Caín, otra raza hace discretamente su aparición al final del capítulo. **Set** toma el lugar de Abel y entonces se empieza a invocar el nombre de Jehová. La vida del justo, al que han matado, se perpetúa en figura en la descendencia de la fe, mostrándonos cómo Cristo, el segundo Hombre, adquirió una **familia**, que lleva su nombre y vive en el temor de Dios. Lector, ¿a cuál de las dos razas pertenece usted?



Después del fracaso de la descendencia de Caín, es como si Dios retomara la historia del hombre desde el comienzo (v. 1, 2). Tenemos aquí la sucesión de los nombres que forman lo que ha sido llamado «el hilo de oro de la fe», el que a través de las generaciones conducirá hasta el Mesías: la “simiente” de la mujer prometida después de la caída. En esta familia no se ve mucha actividad, como en la de Caín. El paso del hombre de Dios por la tierra deja pocos rastros. No contribuye mucho al progreso del mundo y la historia no tiene gran cosa que decir de él. Nace, sirve humildemente a su Dios, tiene hijos y muere. Sí, la **muerte**, consecuencia del pecado, está presente; el breve resumen de la larga vida de cada uno de esos patriarcas termina con estas palabras inexorables: “y murió” (repetido ocho veces). Satanás, el mentiroso, había afirmado: “De seguro que no moriréis” (3:4; V.M.), pero Dios ordenó: “Al polvo volverás” (3:19), y este capítulo 5 nos da una solemne confirmación de ello. Sin embargo, Adán y sus primeros descendientes alcanzaron edades extraordinarias. Dios lo permitió para que, mientras apareciera la Escritura, la verdad se transmitiese oralmente por la menor cantidad posible de intermediarios (apenas siete entre Adán y Moisés).

---

Este capítulo contiene una excepción extraña y notable a la ley de la muerte. **Enoc** vive 65 años, camina luego con Dios durante 300 años, y le lleva Dios. No nos es dado ningún detalle sobre esta marcha con Dios ni sobre su arrebatamiento, el que es, después de todo, el último paso. Pero, ¡qué bello resumen de una vida! ¿Sabemos lo que es andar con Dios, aunque sólo sea un día? Por su conducta de **fe**, Enoc tiene lugar en la lista de los brillantes testigos del capítulo 11 de la epístola a los Hebreos (v. 5). Su nombre significa «instruido» y, como los demás, enseñado por Dios, ve más allá de las cosas presentes. Por la fe contempla al Señor que viene a reinar “con sus santas decenas de millares” (Judas 14), y esta visión lo mantiene separado de aquellos que van a ser juzgados. Pronto, como Enoc, todos los creyentes vivos serán arrebatados de la tierra sin pasar por la muerte, cuando el Señor Jesús venga a buscar a los suyos (1 Tesalonicenses 4:17). Y usted, querido lector, ¿está **instruido en esta verdad**, bienaventurada para aquellos que están preparados, pero solemne para los que no lo están? Observemos que Dios no envía su juicio sobre el mundo sin haber dado primeramente promesas de bendición: Noé significa **consolación** y **reposeo**.

Pedro, al igual que Judas, hace alusión al tiempo anterior al diluvio en el cual hubo ángeles que “no guardaron su dignidad” o que “pecaron” y que sufren las consecuencias (2 Pedro 2:4; Judas v. 6 y 7). Los hombres se han multiplicado en la tierra al igual que el mal en sus dos formas: corrupción y violencia (v. 11). La humanidad, ¿es mejor en nuestra época? Todo nos muestra que no. Y la Escritura nos previene: “Los malos hombres... irán de mal en peor” (2 Timoteo 3:13). Hoy día, como entonces, la gloria de los hombres valientes y de renombre (final del v. 4) –trátase de héroes, campeones deportivos, artistas...– puede ir a la par con la peor corrupción. Pues Dios mira **el corazón** de los hombres y no sus proezas (1 Samuel 16:7). El versículo 5 nos da a conocer el resultado trágico de este examen: el designio de sus pensamientos no es más que maldad de continuo. “El corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez en su corazón durante su vida” (Eclesiastés 9:3; ver también Jeremías 17:9).

Entonces Dios **se arrepiente** de haber hecho al hombre. No hace falta decir que Dios jamás se equivoca. Pero la maldad del hombre lo obliga a cambiar de disposición. Dios decide, pues, quitar de la tierra a su criatura, excepto a Noé (y su familia), el único que camina con Él.

---

Aunque Noé sea llamado un hombre “justo”, “perfecto”, comparado con los demás hombres de su tiempo (v. 9), no es su mérito, sino únicamente la **gracia** la que lo preservará (v. 8). Para Dios ha llegado el momento de hacerle conocer Sus pensamientos y de darle Sus instrucciones. Es fácil hacerse comprender por alguien que camina con uno. Noé responde a esas comunicaciones por la fe. “Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios... con temor preparó el arca en que su casa se salvase” (Hebreos 11:7). No tiene sino la palabra de Dios para saber que el juicio va a llegar. Pero ésta le es suficiente. Construye el arca y por medio de ella **condena** al mundo. Cada golpe de su martillo anuncia a sus contemporáneos que el juicio se acerca. Mientras dura la construcción, la paciencia de Dios espera (1 Pedro 3:20). Pero, ¿cuántos la aprovechan? Fuera de la familia del patriarca, ¡nadie! Las fieles advertencias del “pregonero de justicia” no tuvieron más respuesta que indiferencia y burlas. Hoy también, numerosos son los burladores que no creen en la venida del Señor ni en el juicio (2 Pedro 2:5; 3:3-6). Ignoran **voluntariamente** lo que la Biblia dice del diluvio y consideran este relato como una leyenda.

Noé obedeció no solamente construyendo el arca, sino también haciéndola, en todos los detalles, conforme a lo que Dios le mandó (cap. 6:22). Ahora obedece para **entrar** en el momento en que la orden le es dada (v. 5). En la obediencia a Dios reside nuestra seguridad. Noé, hombre piadoso, va a hacer literalmente la experiencia del Salmo 32:6.

El versículo 16 nos recuerda que otra puerta –la de la gracia– está abierta todavía hoy, pero ¿por cuánto tiempo? **“Y se cerró la puerta”**, anuncia solemnemente Mateo 25:10. Lector: ¿de qué lado de esta puerta estará usted? ¿**Dentro**, con Jesús y los suyos? ¿O **fuera**, con todos los que llamarán en vano y a los cuales el Señor deberá responder: “No sé de dónde sois”? (Lucas 13:27). Observemos que **Dios** mismo cierra la puerta del arca tras Noé, los suyos y todos los animales. Aunque lo hubiera querido, Noé ya no podía abrirla más, a quienquiera que fuese. Ahora que Dios ha proporcionado un medio de salvación, puesto a los suyos al abrigo y cerrado la puerta del arca, puede abrir las ventanas de los cielos (Malaquías 3:10).

Bajo el aspecto profético, Noé y su familia representan al residuo de Israel que, después del arrebatamiento de la Iglesia (simbolizado por el de Enoc), atravesará sano y salvo la gran tribulación final y será introducido en el mundo nuevo del milenio.

---

La larga paciencia de Dios ha llegado a su término. El raudal de su juicio se vierte sobre la tierra. Si no fuera por el arca que se construía, nada lo dejaba prever. Todo parecía ir bien. El mundo continuaba su curso feliz. Comían y bebían, se casaban y daban en casamiento. No entendieron nada –dice el Señor– hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos (ver Mateo 24:37-39). Un destino tan terrible que alcanzó súbitamente a todos aquellos que no respondieron a los llamamientos de la gracia. Y este relato consignado en la Palabra de Dios constituye, de la misma boca del Señor, la más solemne de todas las advertencias para ponerse en regla con Dios. Hoy cada uno está invitado a tomar lugar en el arca o, dicho de otra forma, a encontrar en Cristo un refugio contra la ira de Dios. Pero, si poseemos en él este lugar de perfecta seguridad, jamás olvidemos que él atravesó, en nuestro lugar, las terribles aguas del juicio divino. “Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí” (Salmo 42:7).

En medio de ese cataclismo que jamás tuvo igual, Noé y los suyos gozan de una perfecta paz. Así las aguas crezcan o disminuyan, el arca no naufragará... como tampoco el creyente que permanece en Cristo.

Sin medio de propulsión y sin timón, el arca que Dios conduce con mano segura se posa sobre los montes de Ararat. Parece que Noé podría salir. Pero espera muchos días. Así como **entró** en el arca bajo el mandato de Dios, no quiere **salir** sin antes recibir la nueva orden divina. La paloma que no se puede posar en ninguna parte y que vuelve al arca es una imagen del Espíritu de Dios, quien no tiene lugar en **un mundo juzgado**. Pero, más tarde, cuando Jesús aparezca, el Espíritu podrá posarse sobre Él bajo la forma pura de una paloma (Mateo 3:16). Así es también hoy día para el creyente, poseedor del Espíritu Santo: en este mundo no encuentra ningún alimento, ni nada para satisfacer su corazón. Por el contrario, el hombre natural se encuentra a su gusto, a semejanza del cuervo, ave impura según Levítico 11:15, que se alimenta de carne corrompida. A la orden de Jehová, Noé sale por fin del arca. Lo primero que hace es ofrecer un sacrificio. A Dios le pertenecen los primeros derechos sobre esta tierra lavada de su mancha, y hacia Él sube un **olor agradable**. Nosotros también, ¿no hemos conocido frecuentemente en nuestra vida pequeñas o grandes liberaciones? ¡No olvidemos jamás dar gracias! Y en primer lugar por **“una salvación tan grande”** (Hebreos 2:3).

---

La tierra ha sido barrida de las consecuencias del pecado. Pero la fuente del mal sigue estando ahí, **en ese corazón** humano al que toda el agua del diluvio no podía limpiar.

Dios bendice al patriarca y a su familia, y les confía el gobierno de la tierra. ¿Cómo responderán sus descendientes a esta bondad divina? ¡De la misma manera que Caín en el capítulo 4: **vertiendo sangre!** Dios lo anuncia: la violencia reaparecerá. Sí, la propia sangre del Hijo de Dios será vertida, y únicamente ella podrá lavar al corazón humano.

La tierra es entregada al hombre, quien desde entonces la domina con dureza. Bajo su yugo “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:22). Como signo de su alianza, Dios da el **arco** (arco iris) en las nubes. Su aparición en el momento de un chaparrón es aun hoy día una señal de su gracia, un recuerdo de la promesa del versículo 15.

En el sentido espiritual, así es para el cristiano. En medio de todas las tempestades que se presentan en esta vida, tiene el privilegio de elevar los ojos de la fe hacia un Dios fiel a sus promesas. La presencia de Cristo sentado a Su diestra (Hebreos 9:12; 10:12), que nos habla mejor que el arco iris, es el constante recuerdo de que un juicio más terrible que el diluvio ha pasado definitivamente para el hijo de Dios.



Las más bellas experiencias de la potestad y del amor de Dios no tienen poder para mejorar al hombre (cap. 8:21). Establecido por Dios para gobernar la tierra, Noé da la prueba de que no sabe gobernarse a sí mismo. Cam, quien “escarnece a su padre” (Proverbios 30:17) y se divierte con el pecado, como el mundo lo hace actualmente, atrae la maldición sobre sus descendientes, **los cananeos**. Varias naciones nacidas de Cam y mencionadas en este capítulo se convertirán en enemigos del pueblo de Dios: Babilonia (Sinar), Egipto (Mizraim), Ninive, los filisteos y los cananeos, cuyo país será dado por heredad a Israel. Sem y Jafet honraron a su padre y prosperarán en la tierra (Efesios 6:2, 3).

Este capítulo 10 nos revela el origen de las naciones del mundo (leer Deuteronomio 32:8). Para conocer y apreciar una cosa bajo su verdadero carácter, es necesario remontarse a su origen. Babel (Babilonia) y Assur (Asiria) tienen como principio el reino de **Nimrod**. Este nombre significa «rebeldes», lo que se ve confirmado por sus actos. En él vemos al hombre que comienza a asolar la tierra, haciendo reinar el miedo y el sufrimiento al matar, por placer y para afirmar su poder, a los animales que Dios había dado para alimento (cap. 9:3).

---

Aquí asistimos a la fundación de Babel (o Babilonia), la que a través de toda la Escritura representa al mundo con su orgullo y codicia. También discernimos en ella las **pretensiones de unificación** que tendrá la Babilonia religiosa, la falsa Iglesia de Apocalipsis 17 y 18. El hombre quiere hacer frente a Dios uniendo sus fuerzas, quiere trabajar para su propia gloria. “Hagámonos un nombre...” (contraste con Salmo 148:13). Mas veamos en otra ocasión la respuesta de Dios a la provocación ridícula de los hombres unidos contra Él: “El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Salmo 2:4; ver también Isaías 8:9). Jehová confunde la lengua de los hombres de Babel y los esparce (v. 7, 8).

En contraste, el Nuevo Testamento nos presenta “la Iglesia del Dios viviente”, fundada por Cristo y formada por el Espíritu Santo (1 Timoteo 3:15; Mateo 16:18). En Pentecostés, a los apóstoles les fue dado hablar en lenguas para hacer entender, por gracia, a todas las naciones en una forma rápida y eficaz, “las maravillas de Dios” (Hechos 2:11). Y, en el capítulo 5 del Apocalipsis, la multitud de los rescatados que rodean el trono del Cordero está compuesta “de todo linaje y lengua y pueblo y nación”.

Los versículos 10 a 26 establecen la descendencia de Sem, la que volvemos a encontrar en la genealogía del Señor Jesús (Lucas 3:36).

---

En el tiempo posterior al diluvio, la idolatría progresó tremendamente (leer Josué 24:2). Esta vez Dios deja que el mal siga su curso, pero llama a un hombre a separarse de ese mal. “Por la fe **Abraham**, siendo llamado, obedeció...; y salió sin saber a dónde iba” (Hebreos 11:8). «Abraham salió con los ojos cerrados, pero el Dios de gloria lo conducía por la mano» (J.G.B. – Véase también Hechos 7:3). La orden de Dios, acompañada de una séptupla promesa (v. 2, 3), le es suficiente para ponerse en camino. Obedecer nos es naturalmente contrario, incluso cuando conocemos la razón de lo que se nos pide. Pero, para obedecer **sin comprender**, para salir sin conocer el destino, hace falta **la fe**, o dicho de otra manera, una confianza absoluta **en aquel que ha dado la orden**. Abraham es en la Escritura el modelo de la fe. Lo que caracteriza a ésta es el abandono de las cosas visibles por un objeto invisible (2 Corintios 4:18). En oposición a los constructores de ciudades en la tierra (Caín, los hombres de Babel), Abraham dirige sus miradas hacia la Ciudad celestial, “cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10). Y esta espera hace de él un extranjero en la tierra. No tendrá en lo sucesivo más que **su tienda** y **su altar** (v. 8), atestiguando el doble carácter de **peregrino** y **adorador** que tiene el hombre de fe en todos los tiempos.

---

Abram entra en el país de Canaán con Lot, su sobrino. Pero el hambre sobreviene y, sin esperar esta vez las instrucciones divinas, el patriarca desciende a Egipto. Observemos en lo que acaba su falta de dependencia: niega a su mujer y se pone, por su mentira, en una situación crítica. Merced a esta triste página de su historia conocemos de qué es capaz el creyente más piadoso cuando abandona el lugar en el cual Dios lo ha puesto. Puede ser llevado **a negar su relación con el Señor**. Pedro hizo esta penosa experiencia. Al buscar la compañía de los enemigos de su Señor, había perdido todo valor para confesar su nombre (Mateo 26:69 a 75). Y nosotros, rescatados por el Señor ¿no nos da vergüenza algunas veces decir que le pertenecemos? (comp. 2 Timoteo 2:12, 13).

Para el hombre de Dios, su conducta equivoca es desastrosa, pero ¿es provechosa para el mundo? ¡Tampoco! La presencia de Sarai en el palacio de Faraón no atrae sino plagas sobre este último y sobre su pueblo. Después de que el mundo le ha lanzado un “vete” muy diferente de aquel que Jehová le había dirigido en el versículo 1, Abram vuelve a Canaán, a su punto de partida. Vuelve a encontrar su altar o, dicho de otra manera, sus relaciones con Dios, de las cuales no había podido gozar durante su estancia en Egipto.

El tiempo que Abram pasó en Egipto fue perdido y las riquezas que adquirió se convierten en una causa de preocupación para él. Ellas lo conducen a separarse de Lot. Estas contiendas entre “hermanos” se dan en presencia de los habitantes del país, los cananeos (v. 7), lo que es particularmente lamentable para el testimonio (leer 1 Corintios 6:6; Juan 13:35). Abram deja escoger a Lot el lugar al que quiere ir. ¡Qué espíritu de mansedumbre y de renunciamiento muestra aquí! Ojalá pudiésemos imitarlo cada vez que queremos hacer valer nuestros derechos. Lot escoge lo que le gusta, lo que atrae su corazón mundano (la llanura del Jordán se parece a Egipto – v. 10). En cambio, Abram deja a Jehová decidir por él (Salmo 47:4). Dios no defrauda jamás a aquellos que confían en él. “Nuestros padres... confiaron en ti, y no fueron avergonzados” (Salmo 22:4, 5). En efecto, la posesión del país de la promesa es ahora confirmada a Abram. Dios le dice: “Alza ahora **tus ojos**” (v. 14), y también: “**Levántate**, vé por la tierra” (v. 17). Canaán es para nosotros una figura del cielo, el cual Dios nos invita no solamente a contemplar, sino también a recorrer por la fe. Y ¿cómo mediremos “lo largo y lo ancho” de la propiedad celestial? Sondeando y meditando las maravillas de la divina Palabra.

---

En contraste con Abram, el hombre de fe, Lot es el ejemplo de un creyente que anda por vista. Había seguido mucho tiempo a su tío, imitándolo, como hacen muchos jóvenes que se apoyan en la fe de sus padres o de otras personas maduras.

Puesto a prueba, Lot manifestó lo que había en su corazón. Después de haberse acercado progresivamente a Sodoma (cap. 13:12), ahora habita allí (v. 12). Una vez que tomamos voluntariamente un camino resbaladizo, ya no somos dueños de detenernos. Como consecuencia de esta falsa posición, Lot se ve mezclado en una guerra que no le concierne y es llevado prisionero con los habitantes de Sodoma. La frecuentación de personas que no temen a Dios expone a un hijo de Dios a perder su libertad y, además, tal compañía siempre será causa de dificultades y de tormentos para su alma. 2 Pedro 2:8 menciona esos tormentos de conciencia cotidianos que, para Lot y para todo creyente mundano, son el resultado inevitable de una doble marcha. Al ser presa de esos conflictos interiores y exteriores, semejante hombre no puede ser más que desgraciado. Por el contrario, Abram, en la montaña, ignora esas complicaciones. Es extraño al mundo y a todo lo que lo agita. ¿Nos parecemos a Lot o a Abram?

Hasta ahora Abram se ha abstenido de intervenir y de tomar parte en un conflicto que no le concierne (Proverbios 26:17). Pero, tan pronto como sabe que su sobrino ha sido capturado, nada lo retiene para ir a socorrerlo. Habría podido invocar, para mantenerse neutral, la debilidad de sus medios frente a una coalición de reyes victoriosos o el hecho de que Lot había merecido lo que le acontecía. Pero no, su amor por su “hermano”, su fe y su perseverancia consiguen la victoria y liberan al cautivo. Mas he aquí un adversario más peligroso que los cuatro reyes, aunque también haya sido vencido: el rey de Sodoma. Se acerca y, mediante regalos, quisiera hacer de Abram su deudor, pues supone que Abram, al igual que la mayoría de los hombres, es atraído por los bienes terrenales. No obstante, Dios vela y, para fortalecer a su siervo, le envía en ese instante, antes de este encuentro, un visitante misterioso: **Melquisedec**. Éste es rey y sacerdote al mismo tiempo; es una figura del Señor Jesús (Hebreos 7:1-10). Abram, alimentado y bendecido por Melquisedec, rehúsa firmemente las propuestas del rey de Sodoma. Un corazón saciado por Cristo es el secreto para resistir a las ofertas de Satanás. Lot, por el contrario, no tendrá en cuenta la lección divina; vuelve a Sodoma para vivir allí y hará una experiencia aún más trágica.

---

Al rechazar las ofertas del rey de Sodoma, Abram no perdió nada. ¡Al contrario! Dios le aparece y le declara: “Yo soy tu escudo, y tu galardón” (v. 1; V.M.). No le dice qué quiere **darle**, sino qué quiere **ser** para él. Poseer al dador es más que poseer sus dones. La fe de Abram se adueña de la promesa que Dios le hace respecto a una descendencia celestial (v. 5). Da “gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Romanos 4:20, 21). **Creer a Dios** (y no solamente creer en Dios) es suficiente para ser declarado justo (v. 6). Este versículo capital es citado tres veces en el Nuevo Testamento (Romanos 4:3; Gálatas 3:6; Santiago 2:23).

Una vez que Dios se ha comprometido así, la alianza debe ser sellada con sacrificios (v. 9, 10). La muerte de Cristo es el único medio por el cual Dios puede cumplir lo que ha prometido. Aves de rapiña buscan apoderarse de algunos trozos de los animales, lo que es imagen de los esfuerzos de Satanás para arrebatar nos algún resultado de la muerte de Cristo. Pero nuestra fe, como la de Abram, debe estar activa para alejarlo.

El final del capítulo muestra que el hombre de Dios ha adquirido una visión mucho más extensa de la heredad prometida. Así ocurre siempre después que la fe ha sido puesta a prueba.



¡Qué pena! Después de las bellas pruebas de fe de Abram, encontramos un nuevo desfallecimiento en la vida del patriarca. Quiere, por así decirlo, **ayudar a Dios** a cumplir su promesa. En lugar de esperar con paciencia que le sea dado el hijo anunciado, escucha a Sarai su mujer. Y Agar, la sierva, probablemente traída de Egipto después de la primera falta de Abram, será la madre de Ismael.

Después de haber sido objeto de tristes querellas en la casa del hombre de Dios, Agar huye lejos de su dueña. Pero Dios tiene cuidado de la pobre sierva. La encuentra en el camino que ella había tomado por su propia voluntad y se convierte para ella en **el Dios que se revela** (v. 13). En el Ángel de Jehová podemos reconocer al Señor Jesús mismo. Querido lector, ¿ha tenido usted este encuentro decisivo? ¿Dios se ha revelado a usted como **viviente**? Él se da a conocer en Cristo (Juan 8:19; 2 Corintios 4:6). Y junto a ese Salvador viviente encontramos en abundancia el agua viva de la gracia (Juan 4:14), de la cual nos habla el pozo del Viviente-que-me-ve. Observemos lo que el ángel dice a Agar: “Vuélvete a tu señora, y **ponte sumisa bajo su mano**” (v. 9). La humillación, la confesión de nuestros pecados, es lo primero que el Señor nos pide cuando se ha revelado a nuestra alma.

---

Dios aparece otra vez a Abram, le reitera Su promesa de una innumerable descendencia y le cambia su nombre por el de **Abraham**. Un cambio de nombre en la Biblia es siempre el signo de una nueva relación con aquel que lo da. A partir de este momento nuestro patriarca no es solamente el hombre de fe, sino también el **padre** de todos los hombres de fe (Romanos 4:11). Al darle este nombre: “padre de muchedumbre de gentes”, Dios ya pensaba con interés y amor en esa **muchedumbre** de creyentes de los cuales Abraham sería considerado como cabeza de linaje, de los cuales esperamos que nuestros lectores formen parte. Y a través de los reyes que descenderían de Abraham (v. 6), Dios veía con antelación al “Hijo de David”, el Rey que regirá a Israel y al mundo. Con la genealogía de Jesucristo, hijo de David, **hijo de Abraham**, comienza el Nuevo Testamento.

Al mismo tiempo que un nombre, Dios da a Abraham otra señal: la **circuncisión**, la que corresponde, en cierta medida, al bautismo de hoy día y representa a la vez **la separación para Dios** y la desconfianza en la carne (Filipenses 3:3-4).

El final del capítulo nos muestra a Sara recibiendo también su nuevo nombre, Isaac anunciado, y Abraham obedeciendo a la orden que Dios le ha dado.

Dios concede a Abraham el honor de llamarlo **su amigo** (2 Crónicas 20:7; Isaías 41:8; Santiago 2:23). En esta calidad lo visita y quiere ponerlo al corriente de sus intenciones, tanto en lo concerniente a él (v. 9-15) como acerca del mundo (v. 20, 21; ver Juan 15:15). El patriarca responde con una confiada libertad, la que no excluye el más profundo respeto. La diligencia gozosa con la que recibe a sus celestiales invitados revela el estado de su corazón; conoce a su Dios; ha gustado la benignidad del Señor (1 Pedro 2:3). El Nuevo Testamento menciona a algunas personas que han tenido el privilegio de recibir al Señor Jesús en sus casas: Leví, Marta, Zaqueo (Lucas 5:29; 10:38; 19:5-6) y nos enseña bajo qué condición podríamos también gozar de la misma intimidad: la **obediencia** a la palabra del Señor es la llave que le abre nuestro corazón (Juan 14:23). Abraham, modelo en la comunión, lo es también en el ejercicio de **la hospitalidad**. El cristiano es exhortado a practicarla sin murmuraciones (1 Pedro 4:9; Romanos 12:13; Hebreos 13:2). ¡Qué buena nueva espera a Abraham y Sara: el anuncio del heredero tan deseado! Sara duda y ríe. Nosotros tenemos la ocasión de escuchar una magnífica afirmación: “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (v. 14).

---

“La comunión íntima de Jehová es con **los que le temen...**” (Salmo 25:14; leer también Amós 3:7). Abraham es uno de ellos. “Porque yo le he conocido” (v. 19; V.M.), puede decir Dios, ¿le esconderé lo que voy a hacer? El conocimiento de los pensamientos de Dios es inseparable de una **marcha fiel**. Dios sabe que el único efecto de sus comunicaciones consiste en producir en el corazón del hombre de Dios sentimientos idénticos a los Suyos: la compasión, el deseo de arrebatarse del espantoso juicio a aquellos a quienes él ama.

Queridos amigos cristianos, nosotros que conocemos por la Palabra de Dios la condenación del mundo y la inminencia de su juicio, ¿estamos motivados por esos sentimientos, pensando en el terrible destino de innumerables almas perdidas por la eternidad? En nuestras familias, entre nuestros compañeros o colegas de trabajo hay personas inconversas. ¿Qué podemos hacer por ellas? Sin duda, advertirlas, pero también interceder con insistencia, como Abraham lo hace por Sodoma, donde se encuentra Lot, su hermano (comp. Jeremías 5:1). 1 Timoteo 2 nos invita a suplicar por todos los hombres, dirigiéndonos a Aquel que por experiencia conocemos con el bello nombre de “**Dios nuestro Salvador**”, que “quiere que **todos los hombres sean salvos**”.

¡Qué contraste entre la feliz visita que los ángeles hicieron a Abraham a mediodía y la penosa misión que al atardecer del mismo día les lleva a Sodoma! ¡Y cuánta dificultad para aceptar la invitación de Lot por solicita que ésta sea! (v. 2). ¿Cómo podrían tener comunión con ese creyente que se encuentra en una posición errónea? Entran en su casa sólo para protegerlo y liberarlo. Además, Lot nunca estuvo a gusto en esa ciudad pervertida. No lo habríamos sabido si el Nuevo Testamento no nos lo hubiese revelado. Pero Dios, quien conoce los corazones, nos dice que Lot era un **justo** y que, lejos de acomodarse en el mal, “afligía cada día su alma justa viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos” (2 Pedro 2:8).

Iniquidad que los hombres de Sodoma no tienen vergüenza de ostentar durante esa noche dramática (comp. Isaías 3:9). De modo que Jehová, quien había dicho: “Y si no” –es decir, si no es verdad– lo sabré” (cap. 18:21), no tiene necesidad de otra prueba, porque esos hombres atestiguan contra ellos mismos.

Lot no es tomado en serio, ni siquiera por sus yernos. Cuando un creyente, durante algún tiempo, ha andado con el mundo, carece de autoridad para hablarle de juicio. No lo escuchan.

---

La liberación de Lot es la respuesta a la oración de Abraham del capítulo precedente (v. 29). Éste había creído que para salvar a su hermano era necesario que Sodoma fuese salvada de la destrucción. Ahora bien, Dios no responde siempre de la manera que nosotros pensamos. Pero **responde**.

Desgraciadamente, el corazón de Lot se ha ligado profundamente a todo lo que ahora debe dejar tras sí; tarda en marcharse. Los ángeles tienen que arrastrarlo por la fuerza con su mujer y sus dos hijas. Queridos rescatados del Señor, si hoyuviésemos que marcharnos al cielo, ¿lo haríamos con gozo, o como Lot, nos dolería abandonar las cosas de esta tierra, de las cuales nuestros corazones se han prendado?

Sodoma y Gomorra son «reducidas a cenizas», solemne ejemplo de lo que espera a los impíos (2 Pedro 2:6; Judas 7). En cuanto a la mujer de Lot, ella también permanece en la Palabra de Dios como un monumento, un signo de lo que cuesta unir nuestro destino a un mundo condenado. Esta mujer había compartido exteriormente la vida del pueblo de Dios durante mucho tiempo. Pero no formaba parte de él. El mundo estaba en su corazón y ella pereció con él. ¡Sí, recordemos a la mujer de Lot! (Lucas 17:32). Por lo que concierne a Lot, su fin será vergonzoso y su descendencia maldita.

Por segunda vez Abraham niega a su mujer y recibe justamente los reproches del mundo (ver cap. 12). Con frecuencia es necesario que Dios repita sus lecciones hasta que un mal sea juzgado de raíz y confesado. Aquí era una media mentira (v. 12, 13). Es algo serio e instructivo para nosotros ver a un hombre privilegiado, que goza de tan gran intimidad con Dios, perder conciencia de su relación y flaquear en cuanto al testimonio. ¡Cuánto más grave es la falta de un hombre piadoso! Escuchemos las tristes palabras de Abraham a Abimelec: “Dios me hizo salir errante de la casa de mi padre” (v. 13). ¡Pobre lenguaje para un creyente! ¡Es todo lo que puede decir del llamamiento del “Dios de gloria” hacia la ciudad celestial? ¡Desgraciadamente, con mucha frecuencia nos parecemos a él! De tanto frecuentar a los incrédulos, un cristiano llega a hablar como ellos. Pero aun durante el tiempo en que Dios enseña a los suyos una lección necesaria, continúa velando afectuosamente por ellos. “No consintió que nadie los agraviase, y por causa de ellos castigó a los reyes. No toquéis, dijo, a mis ungidos” (Salmo 105:14, 15). Dios mantiene la dignidad de Abraham como su representante, el **profeta** que habla en su nombre (v. 7) y el **intercesor** a cuyas oraciones responde (v. 17).

---

La promesa de Dios se cumple. “En el tiempo que Dios le había dicho” nace **Isaac**, quien es figura de Cristo con el carácter de Hijo y de Heredero (Hebreos 1:2). Después de la risa **incrédula** de Abraham (cap. 17:17) y de Sara (cap. 18:12), seguida de la risa **gozosa** y agradecida de esta última, acción que da nombre a Isaac (v. 3, 6), oímos la risa **burlona** de Ismael (v. 9), figura del hombre “según la carne”, el que no puede comprender los consejos de Dios cumplidos en Cristo. Ismael, el hijo de la sierva, representa al hombre bajo la servidumbre de la ley, quien no tiene ningún derecho a las promesas ni a la heredad.

Lo que Sara hace parece inhumano; Abraham lo encuentra mal. Pero Dios lo aprueba, queriendo mostrar así en figura que la **heredad** pertenece sólo a Cristo y que, basándose en las obras, el hombre no posee ninguna parte. Como lo explica la epístola a los Gálatas, los creyentes son “hijos de la promesa”. Como han recibido la adopción, ya no son más esclavos, sino hijos y, por consiguiente, herederos (Gálatas 4:6, 7, 28).

La gracia actúa, no obstante, en favor de Agar y de su hijo. Cuando el agua del odre –símbolo de los recursos humanos– se acaba, **el Viviente** que se había **revelado** a ella en el capítulo 16 repite su liberación. Él oye incluso la voz de un niño (v. 17).



En el capítulo 20, las relaciones de Abraham con Abimelec habían sido bastante pesadas. El patriarca había recibido un serio y justificado reproche por parte del rey de Gerar. Pero ahora las relaciones se reanudan bajo un nuevo orden. Esto es figura de la supremacía futura de Israel cuando las naciones digan: “Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros” (Zacarías 8:23). “Dios está contigo en todo cuanto haces”, comprueba el rey filisteo (v. 22). Y se esfuerza por obtener una alianza con el hombre de Dios. Por eso, ahora, es este último quien amonesta a Abimelec con la autoridad moral que le confiere su relación con el “Dios eterno” (v. 33). Abraham le manifiesta su gran apego al **pozo** en el desierto, que los siervos de Abimelec quisieron robarle.

¿No es para nosotros, este pozo, una figura de la **Palabra**, la cual debe refrescar cada día nuestras almas? Si algunos buscan nuestra compañía, mostrémosles lo antes posible el valor que tiene para nosotros la Palabra de nuestro Dios. Los que tengan sed de la verdad, de paz, de gozo, serán conducidos a buscarlos en ese Libro precioso, si ven que nosotros los obtenemos allí.

---

Sabemos que esta escena es una imagen de la **cruz**. ¿Quién es el Hijo, el Único, aquel a quien el Padre ama, si no el Señor Jesús? Debía ser ofrecido en holocausto. El lugar es visto **de lejos** en los consejos eternos de Dios. Es el monte Moriah, donde más tarde David ofrecerá el sacrificio expiatorio y donde el templo será edificado (2 Crónicas 3:1). Ese lugar del sacrificio es al mismo tiempo el de **la adoración** (v. 5). ¡Cuántos motivos encontramos ahí para adorar al Padre y al Hijo, yendo **ambos juntos** o, dicho de otra manera, no teniendo más que un solo y mismo pensamiento para realizar la obra de la salvación! La obediencia de Isaac nos recuerda la del Señor en Getsemaní: “Mas no lo que yo quiero, sino lo que tú” (Marcos 14:36). Pero, en contraste con Isaac, quien solamente se somete, el Hijo se presentó voluntariamente: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:9). En contraste una vez más con Isaac, quien no sabía lo que su padre iba a hacer, nos es dicho: “Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó” (Juan 18:4).

En contraste, por último, con la voz del Ángel que detiene la mano de Abraham, ninguna voz se escuchó en el Gólgota para apartar la espada que debía herir al Hijo de Dios.

Dios se proveyó de un Cordero para el holocausto. Cuando el Señor Jesús apareció en medio del pueblo, a la orilla del Jordán, Juan el Bautista dijo: “He aquí el Cordero de Dios” (Juan 1:29). Era la respuesta divina a todos los pecados que acababan de ser confesados. De modo que el gran misterio –del cual tenemos un reflejo en este capítulo– es ahora revelado. ¡Y qué seguridad continúa dando ese “Jehová-jireh” (Jehová proveerá) a todos aquellos que están atormentados por el peso de sus pecados!

Isaac es, **en figura**, resucitado (Hebreos 11:19); Cristo lo es **en realidad**, con todas las consecuencias para Él y para nosotros. A Él, una esposa le será dada, razón por la cual encontramos a Rebeca mencionada en el versículo 23. Nosotros recibiremos las bendiciones celestiales de las cuales tenemos una imagen en los versículos 17 y 18.

La fe de Abraham ha sido mostrada por medio de esta obra (Santiago 2:21). Dios conocía el corazón de Abraham y sabía que poseía esta fe, pero era necesario que ésta fuese manifestada públicamente. En lo que nos concierne, si hemos podido confesar: «Creo en el Señor Jesús», tarde o temprano nos será dada la ocasión de **demostrarlo**. Las pruebas de los cristianos no tienen otra finalidad que poner en evidencia la realidad de la fe que hay en ellos.

---

Un sepulcro es todo lo que Abraham poseerá de ese país de Canaán que, sin embargo, le ha sido prometido. Al comprar el campo y la cueva de Macpela para enterrar a Sara, el hombre de Dios confirma su firme espera de la resurrección. Para él, Sara vive una vida divina. Es necesario, pues, asegurarse todos los derechos sobre el lugar donde será depositado su cuerpo que debe resucitar. La totalidad del precio pagado por la cueva y por el campo nos recuerda los derechos adquiridos definitivamente por la cruz de Cristo, la derrota de la muerte, la certeza de la próxima resurrección de todos los creyentes.

Así como en el capítulo 14 lo hemos visto rehusar la propuesta del rey de Sodoma, aquí también se niega a ser deudor de quienquiera que sea. Insiste en pagar el valor del campo, sin regatear. Un cristiano se da a conocer en todas sus relaciones con la gente del mundo por su rectitud y su perfecta honradez. En el Nuevo Testamento somos exhortados a no deber nada a nadie (es decir, no contraer deudas sin tener garantía – Romanos 13:8), a “que os conduzcaís honradamente para con los de afuera” (1 Tesalonicenses 4:12), y aun a procurar “hacer las cosas honradamente, no sólo delante del Señor sino también delante de los hombres” (2 Corintios 8:21; ver también Romanos 12:17).

La muerte de Sara sugiere que Israel (pueblo del cual desciende el verdadero Isaac) es puesto de lado después de la resurrección del Señor (cap. 22). Para asegurar la descendencia de la promesa, Abraham, el “padre de muchedumbre de gentes”, tiene un gran designio cuya realización nos es contada ampliamente: **dar una esposa a su hijo**. Pero una tercera persona interviene entonces: el criado más viejo de su casa, su intendente, notable figura del Espíritu Santo enviado a la tierra con el fin de reunir a aquellos que constituirán la Iglesia, la Esposa de Cristo. Así el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, quienes han trabajado juntos en la obra de la Creación, tienen también una actividad común en la elección, el llamamiento y la reunión de los rescatados que están unidos a Cristo resucitado. Esta esposa será buscada en un país lejano. Dios eligió y llamó compañeros para su Hijo de entre aquellos que estaban lejos (Efesios 2:13).

¡Qué modelo de dependencia tenemos en ese criado de Abraham! En casa de su amo aprendió a conocer a Jehová, con quien ahora tiene que tratar personalmente. Presenta su oración ante Él (Salmo 5:3). Antes de emprender cualquier cosa, no olvidemos hablar primeramente al Señor acerca de ello.

---

El criado de Abraham no ha terminado de formular su oración cuando llega la respuesta: Rebeca con su cántaro. En Isaías encontramos una promesa correspondiente: “Antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído” (cap. 65:24).

Si el criado nos enseña la dependencia, Rebeca es, por su parte, un modelo de **abnegación** y **diligencia**. Hace más de lo que se le pide, pues da de beber también a los camellos, y lo hace con agrado y **prontitud** (v. 18, 20). He aquí dos cualidades que podemos observar e imitar en nuestros pequeños servicios de cada día en casa. Sacar agua es refrescar al prójimo, darle alivio. Existen mil maneras de comunicar a aquellos con los que nos relacionamos las bendiciones que nosotros mismos hemos obtenido en la Palabra de Dios. Y, así como el criado observaba a Rebeca, recordemos que **Alguien** considera con atención todo lo que hacemos. Al ver cómo la joven ejecuta ese trabajo simple, el criado comprende que ésta sería para Isaac una mujer afectuosa, activa y virtuosa como aquella que describe el capítulo 31 de Proverbios.

Lo primero que hace es prosternarse ante Jehová y darle gracias.

Dios condujo, como de la mano, al criado de Abraham en su entrevista con la familia de su amo. Éste le había hecho prometer que no tomaría para su hijo una mujer de entre las hijas de los cananeos (v. 3). Queridos jóvenes que conocen a Jesús, incluso si el matrimonio se presenta ante ustedes como una lejana eventualidad, no es demasiado pronto para retener firmemente la enseñanza de la Palabra sobre ese tema: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque... ¿qué parte (tiene) el creyente con el incrédulo?” (2 Corintios 6:14, 15). Un hijo o hija de Dios no debe casarse más que dentro de la familia de la fe, es decir, con otro hijo o hija de Dios. Aquellos que no tuvieron en cuenta este precepto debieron confesar más tarde, con mucha tristeza, que la unión con un inconverso no es solamente una desobediencia formal a la Palabra del Señor, sino también una fuente de penas y sufrimientos para toda la vida.

¡Qué testimonio da el criado de Abraham acerca de su amo, al cual está orgulloso de pertenecer! (v. 34 a 36). Lo llama **grande, rico**, padre de un hijo, quien es **heredero** de todo cuanto le pertenece. Así el Espíritu Santo, cuando es recibido en un corazón, hace conocer al Padre y al Hijo; asimismo nosotros, rescatados del Señor, deberíamos saber hablar de Él.

---

Las palabras con las cuales el criado de Abraham describió a su amo y las riquezas de las que dio algunas muestras conmovieron el corazón de Rebeca. Está decidida: “**Sí, iré**”, responde (v. 58).

Usted, que con frecuencia ha oído hablar del Señor, que ha gozado de los tesoros de su gracia en casa de sus padres, ¿se ha decidido por él? La pregunta le es hecha hoy: **¿Irá usted?** El Espíritu de Dios no le incita a hacerlo dentro de algunos días, o mañana, sino **hoy**.

Entonces comienza para Rebeca la larga marcha a través del desierto. Ha dejado todo para seguir al criado que la conduce hasta Isaac. Así la Iglesia, Esposa de Cristo, continúa en este mundo –un desierto para ella– su camino de pena y fatiga, pero también de gozo porque el Espíritu Santo la ocupa del Muy Amado, al que no ha visto, pero que viene a **su encuentro**. «¡Qué momento solemne para tu santa asamblea, cuando la introduzcas en los lugares celestiales!», dice un cántico. ¡Qué momento también para el Señor Jesús! Rebeca fue mujer de Isaac y él la amó a partir de ese momento. Pero Cristo ya ama a su Asamblea. Y su corazón, mucho más que el nuestro, espera ese bendito momento para la eterna satisfacción de su divino amor.



El final de la vida de Abraham termina con un vasto cuadro profético: capítulo 21: el nacimiento del Hijo; capítulo 22: la cruz y la resurrección del verdadero Isaac; capítulo 23: el alejamiento de Israel (la muerte de Sara); capítulo 24: el llamamiento de la Iglesia y su unión con Cristo en la gloria; capítulo 25: la introducción del reino de mil años, durante el cual las **naciones** de la tierra, representadas por los **hijos de Cetura**, serán bendecidas en relación con Isaac. A este último, Abraham le da todo lo que posee. Isaac representa a Cristo con el carácter de Heredero universal. “Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú... Pídemelo, y te daré por herencia las naciones” (Salmo 2:7-8). Hacia ese glorioso futuro se dirigen los pensamientos de Abraham por la fe. Más allá de Isaac, contempla a Aquel en quien las promesas tendrán su realización. “Abraham se gozó de que había de ver mi día” —dirá Jesús a los judíos— “y lo vio, y se gozó” (Juan 8:56). Muere en la fe, “sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo” (Hebreos 11:13). Por eso Abraham es uno de esos hombres de los cuales Dios no tiene vergüenza, a tal punto de unir su nombre al Suyo propio, llamándose a sí mismo: “Dios de Abraham”. ¿Puede Él también llamarse **su** Dios?

---

La fe de Isaac y de Rebeca es probada de la misma manera que la de Abraham y Sara: por la esterilidad. Esto da a Isaac ocasión de orar con insistencia a Dios, y Éste le responde (v. 21; comp. 1 Crónicas 5:20). Nacen dos hijos gemelos, tan diferentes por su aspecto físico como por el estado de sus corazones. La escena que se desarrolla más tarde entre los dos hermanos manifiesta este estado. Jacob, a pesar de actuar de manera inoportuna, muestra que aprecia el lugar de primogénito en la familia, la parte de la herencia que corresponde a ese lugar y, sobre todo, las promesas divinas hechas a Abraham y a su descendencia. Nada de eso tiene valor para Esaú. Concluye su trato, come, bebe, se levanta y se va, inconsciente de la incalculable pérdida que ha sufrido en un instante. Su conducta no solamente es **insensata** –“por una sola comida” (Hebreos 12:16) sacrificó todo su porvenir– sino que, además y sobre todo, es un **insulto a Dios**; es decir: tus dones más preciosos no tienen más valor que esas pocas lentejas para calmar mi hambre.

La primogenitura es una figura de su privilegio, jóvenes amigos que han sido educados en una familia cristiana. Dios quiera que ninguno de ustedes desprecie la herencia celestial.

Isaac no sacó provecho de las tristes experiencias de su padre en los capítulos 12 y 20. Puesto a prueba por el hambre, también él va y habita en Gerar; allí, por temor, niega a su mujer y engaña así a Abimelec. Las compañías mundanas nos exponen a las mismas consecuencias: falta de valentía para confesar nuestra relación con Cristo, miedo del oprobio, falso testimonio ante el mundo. Pero, en seguida, leemos una bella página de la historia del patriarca. Para ponerse al abrigo del hambre junto con su familia, siembra, cosecha y Dios bendice su trabajo. Su prosperidad provoca el celo de los filisteos (v. 14). Como en tiempos de Abraham, estos últimos procuran despojar al hombre de Dios del **agua** necesaria para la vida (cap. 21:25). Ésta es provista por los antiguos pozos, figura de la Palabra y de las fuentes de refrigerio espiritual de las cuales gozaron las generaciones que nos precedieron, y de las cuales nosotros mismos tenemos que extraer y beber. Esos filisteos malvados, quienes tapan los pozos con tierra, nos hacen pensar en el enemigo de nuestras almas. Se esfuerza por llenar nuestras vidas con las cosas de la tierra, produciendo cada vez nuevas necesidades en nuestros corazones. De este modo nos despoja de la Palabra divina que nos es indispensable para lograr nuestra prosperidad espiritual.

---

Isaac vuelve a excavar uno tras otro los pozos de Abraham, tapados por los filisteos. Pidamos al Señor la misma energía, la misma perseverancia para apoderarnos de las verdades de las cuales han vivido nuestros predecesores, a fin de que, por una «excavación» personal, ellas vengan a ser nuestra propiedad. A cada esfuerzo del enemigo para desposeerlo de los frutos de su trabajo, Isaac responde cavando en otra parte, sin desanimarse. Pero se abstiene de disputar, ilustrando la exhortación de 2 Timoteo 2:24. Su gentileza puede ser conocida de todos (Filipenses 4:5). Soporta la injusticia, no amenaza, sino que se encomienda a Aquel que juzga justamente (1 Pedro 2:23). Al mismo tiempo, da un testimonio de su fe. La herencia le pertenece; ¿para qué apoderarse de ella por la fuerza? Dios ha prometido “todas estas tierras” a su descendencia (v. 4). Isaac espera en Él para recibirlas cuando llegue el momento.

Los versículos 34 y 35 nos muestran cómo Esaú desprecia una vez más la voluntad divina escogiendo sus mujeres entre las cananeas, pueblo que Dios apartó de Israel (cap. 24:3 y 37). Esto causa una pena profunda a Isaac y a Rebeca. ¡Qué contraste con su propia historia vivida en la confianza y la dependencia de Dios! Que nuestros jóvenes lectores sepan sacar provecho de la experiencia de sus padres creyentes.

La escena relatada en este capítulo es bastante dolorosa. He aquí una familia en la cual Dios es conocido y, sin embargo, las concupiscencias, los fraudes y las mentiras se muestran muy tristemente. Isaac se engeuece física y espiritualmente. Ha perdido el discernimiento en tal grado que una comida sabrosa cuenta más para él que el estado moral de sus hijos. Sin buscar el pensamiento de Dios, se dispone a bendecir a su hijo preferido. Rebeca, por su lado, aconseja a Jacob que despoje a su hermano de esta bendición, engañando a su padre. Solamente Esaú podría parecerse simpático en esta familia. Pero Dios conocía su corazón profano y, a través de esta aparente injusticia, Su voluntad se cumplía. Isaac tendrá que reconocerlo (v. 33, final).

Jacob consigue sus propósitos. Con la complicidad de su madre obtiene la bendición a la cual daba tanto valor. Pero, si para recibirla hubiese confiado en Dios en lugar de obrar con engaño, ¿no la habría recibido igualmente? ¡Sin ninguna duda! Dios, quien había declarado: “el mayor servirá al menor” (cap. 25:23), no podía contradecir su palabra ni permitir ningún error. Y Jacob se hubiera evitado muchas penas y mucho tiempo perdido. El camino del Señor para nosotros siempre es sencillo, pero ¡cuántas veces lo complicamos con nuestras desatinadas intervenciones! (Salmo 27:11).

---

Hebreos 12:16-17 relaciona esta escena con la del capítulo 25. Esaú, el profano, desea ardientemente heredar la bendición, pero es rechazado a pesar de sus lágrimas; antes la había despreciado y ahora es **demasiado tarde** (Proverbios 1:28-31). El mundo está lleno de personas que, como este hombre, venden su preciosa alma a cambio de algunos placeres pasajeros. Su dios es el vientre y sólo piensan en lo terrenal (Filipenses 3:19). Son de esta tierra, tienen su porción en esta vida (Salmo 17:14). Un terrible despertar les espera cuando «más tarde» reconozcan su locura. Las lágrimas que derramarán en el lugar espantoso, donde será el **lloro** y el crujir de dientes, serán vanas, como las de Esaú, para obtener la bendición perdida a causa de ellos mismos. Para Jacob empiezan las dificultades. El odio de su hermano, excitado por el rencor y los celos, lo obliga a dejar a los suyos. No volverá a ver a su madre, pese a que ésta había previsto una separación de sólo algunos días (v. 44). Rebeca también sufrirá las consecuencias del engaño que ambos habían perpetrado.

La Escritura, al dar un gran lugar al relato de la vida de Jacob, nos permite admirar el largo y paciente trabajo de la gracia de Dios para con uno de los suyos.

Jacob abandona la casa **paterna**, pero Dios le hará conocer **Su** propia casa (Bet-el significa: “casa de Dios”). En medio de las dificultades y lejos de la seguridad que brinda el techo familiar, es cuando a veces se presenta la ocasión de encontrar al Señor. Los que tienen padres creyentes no necesitan abandonar el hogar para hallar al Señor, pero es necesario que este encuentro tenga lugar y que el Dios de sus padres venga a ser también **su** Dios.

¡Sueño extraño el de Jacob! ¿Qué nos enseña esta escalera por la cual los ángeles suben y bajan? Ella habla de las relaciones entre el cielo y la tierra, y pensamos en Aquel que las ha establecido para nosotros al bajar a esta tierra y al subir a la gloria (Juan 3:13, 31; Efesios 4:10). Al pecador cansado, la gracia de Dios le muestra **la puerta del cielo** (v. 17) y le comunica sus promesas gloriosas. “¡Cuán terrible es este lugar!”, exclama el viajero al despertarse. Una conciencia culpable no puede estar confiada, ni siquiera en la presencia del Dios de gracia (comp. Lucas 5:8). Jacob, en el extraño trato que tiene la pretensión de hacer con Jehová, pone condiciones a las firmes promesas de Dios y ofrece servirle a cambio de los beneficios que reciba. Muchos, como él, dudan apropiarse, mediante la fe, del don gratuito de Dios y piensan que sus esfuerzos deben merecerle Su favor.

---

“Te guardaré por dondequiera que fueres... porque no te dejaré”, había prometido Jehová a Jacob durante la noche pasada en Bet-el (cap. 28:15). Cuánto consuelo da pensar que el ojo de Dios sigue continuamente a los suyos, incluso cuando ellos descuidan mirarle (Salmo 32:8). Estos providenciales cuidados conducen a Jacob a la familia de su madre, junto a su tío Labán. Asistimos de nuevo a un encuentro cerca de un pozo, quizás el mismo del capítulo 24. Pero esta vez no oímos ninguna oración de la boca del viajero, ni para pedir a Dios que le proporcione un encuentro feliz, ni para darle gracias por haber hecho prosperar su viaje. Tampoco vemos a la joven dar de beber al visitante cansado. ¡Qué diferencia también en la casa de Labán! Jacob cuenta “todas estas cosas” (v. 13), pero no oímos en su relato ninguna mención del nombre de Jehová, ni de la manera en que Él ha bendecido a su familia (comp. cap. 24:35), ni nada sobre su encuentro en Bet-el. ¿Cuáles son nuestros temas habituales de conversación cuando nos encontramos con un pariente o un amigo cristiano? ¿Aprovechamos para conversar sobre temas edificantes? ¿Es el Señor el centro? Para que así sea, es necesario que nuestros corazones estén continuamente con Él.



La historia de Jacob es la de la **disciplina** o, dicho de otra manera, la escuela por la cual Dios hace pasar a los suyos. Es a menudo una escuela penosa, pues Hebreos 12:11 afirma –y nuestra experiencia lo confirma– “que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza”. Pero la finalidad de Dios es guiarnos a “lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad” (v. 10). La clase en la cual entra Jacob durará veinte años, los que pasará en una condición cercana a la esclavitud. ¿Y cómo le enseñará Dios sus lecciones? Permitirá que le hagan lo mismo que él ha hecho a otros. Jacob, cuyo nombre significa «el que suplanta» y que estaba bien justificado, será a su vez robado y despojado. ¡Había engañado a su padre, él, el más joven, haciéndose pasar por el mayor! ¡Tiene que enfrentarse ahora a un padre que lo engaña haciendo pasar a su hija mayor por la más joven! Cuántas veces descubrimos la molestia y la maldad de nuestros actos sólo cuando a nuestra vez los sufrimos de parte de los otros (Jueces 1:7; Isaías 33:1, final). El único tema feliz del cual nos habla este capítulo es el amor devoto de Jacob por Raquel. Pensamos en el amor de Aquel que, para adquirirnos, vino a ser el Siervo perfecto.

---

Estos versículos nos presentan la familia de Jacob. ¡Página importante del Antiguo Testamento, puesto que los doce hijos del patriarca llegan a ser a su vez doce patriarcas (Hechos 7:8) y darán sus nombres a las tribus de Israel! A través de ellos se cumplirán las promesas hechas a Abraham y a Isaac, como también a Jacob durante la noche pasada en Bet-el. De los descendientes de Leví saldrán los **sacerdotes**, de Judá los **reyes** y el mismo **Mesías**.

La familia de Jacob, a excepción de José, es la imagen de su jefe: intereses egoístas, rivalidades, recursos dudosos la caracterizan. A pesar de esos extravíos, Dios tiene sus ojos puestos en ella y quiere bendecirla. Igualmente hoy las familias de los creyentes son preciosas para el corazón del Señor. Nos conoce a todos por nuestro nombre y desde nuestros primeros pasos nos prepara para el servicio al cual nos destina. ¿Y cuál es el llamamiento glorioso de los creyentes ahora? ¿No es de ser “**reyes y sacerdotes** para Dios, su Padre”? (Apocalipsis 1:6). El nacimiento de José, tipo de Cristo, anuncia para la familia de Jacob el fin de su servidumbre y el retorno al país de la promesa (v. 25). Espiritualmente siempre es así: a partir del momento en que Cristo toma su lugar en nuestras casas y en nuestros corazones estamos en condición de experimentar la liberación y la bendición celestial.

El pobre Jacob se agita, especula, rivaliza en astucia y engaño con Labán, procurando enriquecerse mediante su propia inteligencia y esfuerzos. Cuán triste es ver a un creyente luchando con las gentes del mundo por los bienes terrenales. Isaac había dado un ejemplo muy diferente a su hijo Jacob (cap. 26:15-22).

En 1 Timoteo 6:6-10, el apóstol pone en contraste el deseo de enriquecerse con la piedad, la cual, con el contentamiento, es una gran ganancia. He aquí, pues, la doble ganancia, las **verdaderas riquezas** que se deben buscar: 1. **La piedad**, es decir, las relaciones con Dios, de las cuales nos hablan los altares. Pero, en su destierro, Jacob no tiene altar, no tiene relación consciente con Dios. 2. **El contentamiento** que los patriarcas ponían en práctica viviendo en tiendas, y que incluso Jacob mismo había practicado (cap. 25:27). El apóstol Pablo aprendió personalmente a estar contento en cualquier circunstancia en que se encontrara (Filipenses 4:11). ¡Cuán difícil es estar siempre contento! Sin embargo, el mejor testimonio que podríamos dar a nuestro alrededor ¿no es mostrar que estamos satisfechos con lo que Dios nos ha dado? Pues nos ha dado nada menos que a su propio Hijo y todas las cosas con él (Romanos 8:32).

---

A pesar de lo desagradable que es la forma de comportarse de Jacob, reconozcamos su **paciencia**. Soporta sin quejarse las fatigas y las privaciones, al igual que todas las injusticias de las cuales es objeto por parte de Labán. Lo que lo sostiene es el recuerdo del país dado por Dios a Abraham y a su descendencia. No ha olvidado la promesa que Dios le hizo en Bet-el en cuanto a hacerlo volver al país de sus padres. Esta esperanza se mantiene viva en su corazón, y por fin llega el momento de cumplirse. Cristianos, extranjeros en la tierra, ¿no tenemos, nosotros también, una promesa por parte del Señor acerca de la Patria celestial en la cual nos hará entrar pronto? Esta esperanza debería darnos toda la paciencia y el ánimo necesarios para soportar las dificultades e incluso las injusticias.

Aun obedeciendo al mandamiento de Jehová (v. 3), Jacob permanece tristemente fiel a su carácter astuto: engaña a Labán al huir de él a escondidas. ¿No es al mismo tiempo una falta de confianza en Dios? Aquel que le daba la orden de ponerse en camino no podía permitir que Labán lo retuviese (v. 24). Y este último no habría podido hacer sino someterse, reconociendo como antaño: “De Jehová ha salido esto” (cap. 24:50).

Avisado de la huida de Jacob, Labán sale en su persecución y lo alcanza. Como hombre del mundo astuto e hipócrita, emplea palabras lisonjeras mientras su corazón está lleno de envidia y celos. Finge gran afecto por sus hijas y nietos en tanto que sus propios intereses son los que siempre le guiaron (v. 15). Finge temer a Dios (v. 29, 53) mientras busca activamente a sus dioses falsos.

Es triste ver la importancia que Raquel da a esos ídolos. En cambio, podemos estar seguros de que Rebeca de buen grado había dejado atrás esos objetos cuando se marchó con el siervo de Abraham. Estos dioses corresponden a las cosas del mundo que no nos decidimos a abandonar y que creemos poder llevar con nosotros en el camino hacia nuestra Patria. Nos es posible esconderlos durante cierto tiempo en lo más profundo de nuestro corazón. ¡Pero quiera Dios, quien todo lo ve, ayudarnos a saber discernir y rechazar resueltamente todo lo que, en nuestros afectos, toma el lugar del Señor Jesús! ¡Son ídolos!

Jacob y Labán se separan finalmente. El montón de piedras o majano constituirá una frontera entre ellos. No hay terreno común entre el creyente y el hombre del mundo, incluso cuando pertenezcan a la misma familia. Jacob ofrece un sacrificio (v. 54); conocía su lugar y dignidad ante Dios.

---

Hebreos 1:14 nos enseña que los creyentes se benefician con el servicio de los ángeles, muchas veces sin que lo sepan. Pero, cuando Jacob se marchó de Canaán, Dios en cierto modo quiso presentarle a aquellos a quienes iba a emplear para cuidar de él durante su exilio (cap. 28:12). Ahora, en el momento de su regreso, los ángeles de Mahanaim le dan la bienvenida al país de la promesa. Pero Jacob no está en condiciones de regocijarse por la bondad del Dios que le otorgaba su voto de antaño (cap. 28:20, 21). En efecto, su corazón no está liberado del temor del hombre. Si no tiene tras él a Labán, tiene ante sí a Esaú y tiembla ante la perspectiva de encontrarlo. Recurre a la oración (v. 9 a 12), pero inmediatamente después toma todas las precauciones imaginables, como si verdaderamente no creyese a Dios capaz de liberarlo. ¿No nos parecemos a él algunas veces? Veamos también la actitud servil de Jacob (v. 18 y 20), pese a que la bendición de su padre había hecho de él el amo de sus hermanos. Finalmente estemos convencidos de que, en lugar de toda esta «puesta en escena», de todos estos prudentes arreglos, hubiera sido mejor que Jacob pasara a la cabeza de su gente y, confiando en Dios, pidiera con valentía perdón a su hermano ofendido.

Una segunda noche memorable se inscribe en la historia de Jacob. Ese combate con el Ángel es como el resumen de toda su vida anterior. Siempre había buscado la bendición por sus propios esfuerzos; en eso se había opuesto a Dios. Ahora comprueba que la energía del hombre no puede vencer y prevalecer. Con un gesto de Dios (v. 25) ella es aniquilada. Entonces Jacob se ve en la obligación de cesar de confiar en sí mismo. Aprende esta verdad básica para la vida del creyente: “Cuando soy **débil**, entonces soy **fuerte**” (2 Corintios 12:10). Y en ese momento triunfa al declarar por fe: “No te dejaré, si no me bendices” (v. 26; Oseas 12:4). ¡Victoria de la oración! Obtiene la bendición bajo la forma de ese nombre de **Israel**, tan grande en los consejos de Dios, en la Escritura y en la Historia, ese nombre que nos habla de Cristo, el Vencedor, el Príncipe, el verdadero Israel de Dios.

Queridos cristianos, Dios quiere hacer de nosotros **vencedores**. Si nos detiene en nuestra marcha dirigida por nuestra propia voluntad y nos quita nuestra energía carnal, es con el fin de darnos **su poder**.

Jacob recordará a Peniel. Su bastón se lo recordará continuamente. Su cadera ha sido descoyuntada, pero su alma ha sido liberada (Romanos 7:24, 25).

---

Después que Dios hubo cambiado el nombre a Abraham, su antiguo nombre de Abram desapareció definitivamente. Pero el nombre de Jacob subsiste hasta el final, y el nuevo nombre de **Israel** no alterará con él hasta mucho tiempo después de Peniel, signo de que el viejo **Jacob**, el suplantador, no había terminado de manifestarse. Sin embargo, la gracia divina era evidente para con él y los suyos. Dios había respondido a su oración del capítulo 32:11 inclinando el corazón de Esaú (v. 4). Y, para recalcar que era la obra de Dios, que los regalos preparados cuidadosamente por Jacob no influían para nada en las buenas disposiciones de su hermano, el versículo 8 muestra que este último ni siquiera había comprendido su finalidad. No obstante, vemos reaparecer los temores del pobre Jacob. A Esaú, que quería protegerlo, hubiera podido darle testimonio de su confianza en la protección del Dios Omnipotente; en lugar de eso, se evade con una mentira, pues dice que va a Seir, y va a Sucot. Después de lo cual –todavía peor– se edifica una casa (v. 17) y compra un campo (v. 19), renegando doblemente de su carácter de extranjero. Las consecuencias no tardan: siguen relaciones que ocasionan la deshonra de su hija y la venganza odiosa de dos de sus hijos, triste tema del capítulo 34.



Después de los vergonzosos acontecimientos ocurridos en su familia, Jacob está turbado, desanimado (cap. 34:30). Pero Dios no quiere dejarlo en ese estado y se dirige a él una vez más: **“Levántate y sube a Bet-el, y quédate allí; y haz allí un altar”**. Bet-el, casa de Dios, es el lugar de Su presencia. La misma voz divina invita al cristiano, cada primer día de la semana, a cesar de ocuparse en los asuntos de la tierra y trasladarse al lugar donde el Señor ha prometido su presencia, y allí adorarlo en espíritu y en verdad. Pero, antes de poder obedecer, Jacob sabe bien que una cosa es indispensable. Sus tiendas esconden objetos que no convienen a la santa presencia de Dios, aunque sólo sean los ídolos de Labán en la tienda de Raquel. Esos “dioses ajenos”, mucho tiempo tolerados, deben ser desechados en el momento de presentarse ante Jehová. Sólo después de esto Jacob puede subir a Bet-el, un lugar al que ya no encuentra “terrible”; allí edifica un altar, recuerda con agradecimiento las bendiciones recibidas y oye de parte de Dios la confirmación de todas sus promesas. Una vez que hubo juzgado y abandonado lo que era incompatible con su elevado servicio, el adorador es colmado en la presencia de Dios de múltiples y preciosas bendiciones (Oseas 14:4-8).

---

¡Nueva etapa en la vida de Jacob! Mientras está en camino sobrevienen simultáneamente el nacimiento de Benjamín y la muerte de Raquel. El camino del cristiano también está sembrado de alegrías y tristezas. Como Jacob, puede «erigir pilares» (v. 14, 20).

Cada uno de los dos nombres dados al niño nos hablan del Señor Jesús. **Benoni**, hijo de mi tristeza, es el nombre de Aquel sobre quien Israel se afligirá “como quien se aflige por el primogénito” (Zacarías 12:10), de aquel que fue afligido en la tierra, un hombre de dolores, sometido al sufrimiento. Pero, al mismo tiempo, es el verdadero **Benjamín**, el Hijo de la diestra del Padre, a quien Dios dijo: “Siéntate a mi diestra” (Salmo 110:1; varias veces citado en el Nuevo Testamento). Los dos nombres son inseparables, llevados por la misma persona. Nos recuerdan que los sufrimientos y las glorias de Cristo no pueden ser disociados (1 Pedro 1:11).

Otro nombre en nuestra lectura nos hace pensar en Jesús: Belén (v. 19), donde nacerá el Salvador. El sepulcro de Raquel se erige ahí, lugar de **lágrimas** mencionado al principio del evangelio de Mateo (2:18), pero también lugar donde será anunciado el tema de **gozo** más grande de todos los tiempos (Lucas 2:10).

Con el nacimiento de Benjamín la familia de Jacob ahora está completa (cap. 35:22-26). Paralelamente, la familia de Esaú prospera. Cuenta con numerosos **jefes**, incluso reyes (v. 35-39). Ciertos jóvenes ambicionan llegar a ser jefes, pero ¡cuánto mejor es **obedecer** al Señor y servir a los que Le pertenecen que tener autoridad sobre otras personas! El Señor lo enseña a sus discípulos: “Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas... Pero no será así entre vosotros, sino que el que... de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos” (Marcos 10:42-44).

Entre los hombres notables mencionados aquí, uno encontrará manantiales de agua **caliente** en el desierto, imagen de todas las decepciones de este mundo, de lo que no apaga la sed (v. 24 - N.C. y otras versiones). Otro, **Amalec**, llegará a ser el más acérrimo enemigo de Israel, y este último tendrá que enfrentarse con él a lo largo de su historia.

El final del versículo 8 nos recuerda: ¡“Esaú es **Edom**”! El nombre de Jacob, el suplantador, ha sido cambiado por Israel: Príncipe de Dios; mientras que Esaú llega a ser llamado Edom (cap. 25:30), que significa: «rojo», «potaje». ¡Ironía terrible! Este hombre y su descendencia, de generación en generación, han sido condenados a llevar como nombre el del **plato** cambiado por la primogenitura.

---

Empezamos ahora la bella historia de José. Probablemente no exista en toda la Escritura un personaje que represente en «figura» al Señor Jesús de una manera más completa. José, objeto del **amor** particular de su **padre**, es al mismo tiempo víctima del **odio** y de la envidia de **sus hermanos**, los hijos de Israel (comp. Juan 3:19; Mateo 21:38). Da testimonio **contra ellos** de la **maldad que los caracteriza** (v. 2) y **ante ellos** de su **exaltación futura**, la cual rehúsan creer. Así también Cristo, centro de las profecías respecto a la **tierra** (v. 7) y al **cielo** (v. 9), fue el testigo fiel y verdadero contra el mundo y sus malas obras (Juan 7:7) y, para con el mundo, de Sus propias glorias futuras (Mateo 26:64). Jacob vistió a José con una túnica de diversos colores, marca visible de su favor y que nos recuerda que Jesús ha sido designado públicamente como el objeto de las delicias del Padre (Mateo 3:17; Hechos 2:22). José es, para cada uno de nosotros, un modelo de obediencia. “Heme aquí”, responde cuando su padre lo envía a visitar a sus hermanos, quienes, no obstante, lo aborrecen (v. 13). ¡Pero en Jesús tenemos un modelo más grande! Se presentó con una obediencia perfecta cuando el Padre quiso enviarlo: “He aquí, vengo... El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agrado” (Salmo 40:7, 8).

El largo camino seguido por José en busca de sus hermanos recuerda el que recorrió el Hijo de Dios para buscar y salvar a los que estaban perdidos. Primeramente camino de despojamiento: siendo Dios, se hizo hombre. Luego, camino de humillación hasta la muerte, sí, hasta la muerte de cruz (Filipenses 2:7, 8).

Después viene el crimen cuyos detalles hablan de la cruz de Cristo: sus hermanos urden ruines conspiraciones para matar a aquel que había venido a servirles (Salmo 109:5; Jeremías 11:19; Juan 11:53); “se juntan contra la vida del justo, y condenan la sangre inocente” (Salmo 94:21). Lo despojan de su vestido (Salmo 22:18) y lo echan en la cisterna, imagen de la muerte. Todos esos sufrimientos fueron en su plena realidad la parte del Salvador.

Finalmente venden a José como esclavo por veinte piezas de plata a unos extranjeros. Aquel que es más grande que José fue vendido por treinta piezas, hermoso precio en el que fue estimado por ellos (Zacarías 11:13), y luego fue entregado por los judíos a Pilato. ¡Qué desamparado debió sentirse José! ¡Y cuánto más grande fue la angustia de Aquel de quien José no es más que una débil imagen, cuando tuvo que pasar por todos esos dolores, **por una muerte** verdadera y por el abandono de Dios, por amor a usted y a mí!

---

El capítulo 38 está intercalado en la historia de José como para mostrarnos, por el ejemplo de su hermano Judá, qué graves pecados y desórdenes en la familia podemos cometer cuando ponemos de lado a Cristo, el verdadero José. En contraste, en el capítulo 39 volvemos a encontrar a José en Egipto, joven **temeroso de Dios** que se guarda puro y separado del mundo. Por eso Dios, bendiciendo de manera evidente toda la actividad de su fiel testigo, se complace en mostrarnos que tal piedad le es agradable. Cuando la tentación se presenta, José la rechaza (v. 8), no escucha (v. 10), huye (v. 12; qué contraste con lo que le ocurrió a Sansón en Jueces 16:16, 17).

Creyentes jóvenes, sin duda un día tendrán que dejar la casa paterna para residir en un ambiente hostil y peligroso, por ejemplo el del servicio militar. Que este ejemplo de José, quien también estaba lejos de su familia, sea para ustedes un estímulo en los combates que inevitablemente tendrán que librar. “¿Con qué limpiará el joven su camino?”—pregunta el salmista—; “con guardar tu palabra”, se responde inmediatamente. Así se armó para el día de la tentación: “En mi corazón he guardado tus dichos (tu palabra), para no pecar contra ti” (Salmo 119:9, 11). La cosa más preciosa, en el lugar más apropiado, para lograr el mejor objetivo.

Una vez más, José es objeto de una horrible injusticia. Bajo un falso testimonio, es condenado y encerrado en la cárcel con otros prisioneros. El Salmo 105, versículo 18, describe sus sufrimientos físicos y morales: “Lastimaron sus pies con grillos; su persona (en hebreo: su alma) fue puesta en hierros” (V.M.). Y una vez más esos sufrimientos anuncian los del Salvador. Pusieron las manos sobre Jesús (Marcos 14:46), se reunieron contra él testigos falsos (Mateo 26:59, 60), “fue contado con los inicuos” (Marcos 15:28), él, quien ningún mal había hecho (Lucas 23:41).

La cárcel estaba llena de prisioneros culpables. ¡Cuán conmovedor es ver a José en medio de ellos, sin estimarse superior a causa de su inocencia, sin sublevarse en modo alguno, sin desanimarse tampoco, sino sirviendo sin cesar! Nuestros pensamientos se dirigen hacia el Hombre perfecto que vino a participar de nuestra condición miserable y desesperada para servirnos con amor. “Anduvo haciendo bienes”, dice Pedro (Hechos 10:38), y añade: **“Porque Dios estaba con él”**. Ésta será también para José, tanto en la cárcel como en casa de Potifar (cap. 39:3, 21, 23), su consolación y el secreto de su prosperidad. ¡Quiera Dios que siempre y en todas partes podamos hacer la misma feliz experiencia!

---

En estos dos siervos del rey de Egipto, el copero y el panadero, tenemos una muestra de toda la humanidad. “Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron”, declara la Escritura (Romanos 3:23). Todos pecaron contra Dios, todos merecían su ira, su castigo. Pero después viene la diferencia. Unos aceptan por fe la buena nueva de la salvación por gracia. Y ante los otros es puesta la perspectiva de la horrosa segunda muerte. No existen en el mundo otras alternativas sino estas dos: **salvado** o **perdido**. ¿A cuál de ellas pertenece usted?

A diferencia del panadero que ya no podía escapar del juicio del rey, hoy día todavía es posible, si se recibe el Evangelio de la gracia, pasar de la condición de pecador perdido a la de rescatado por Cristo.

Los dos malhechores en la cruz ilustran aun mejor esas dos clases que dividen a la humanidad. Uno permanece insensible y muere en sus pecados. Pero el otro, en respuesta a su oración (“Señor, acuérdate de mí”), obtiene esta maravillosa respuesta: **“Hoy estarás conmigo en el paraíso”** (Lucas 23:42, 43). Así como aquí José es el mensajero de la gracia soberana, Jesús es el primero en anunciar la salvación y “las buenas nuevas de paz” (Efesios 2:17).



La oración del malhechor nos ha sido recordada anteriormente: “Acuérdate de mí” (Lucas 23:42). En el capítulo 40:14 es José quien pide al copero, cuando éste va a ser liberado: ¡“Acuérdate, pues, de mí”! Es triste leer en el versículo 23 del mismo capítulo: “El jefe de los coperos no se acordó de José, sino que le olvidó”. En lo que nos concierne, rescatados del Señor, beneficiarios de su gran salvación ¿no somos frecuentemente ingratos al olvidar a aquel que nos ha salvado? Aunque **todo** lo debemos a Jesús, descuidamos hablar de él a aquellos que no tienen el privilegio de conocerle. Como el Señor sabía que nuestros corazones son olvidadizos, cuando instituyó la Cena, dio a los suyos el pan y la copa pidiéndoles: “Haced esto **en memoria** de mí” (Lucas 22:19).

Después del sueño de Faraón, el copero recuerda. Debíó de costarle decir: “Me acuerdo hoy de mis faltas” (v. 9). Pero no podía hablar de José sin decir dónde y por qué lo había encontrado. Igualmente, para dar testimonio de Jesús, Salvador nuestro, no temamos reconocer en qué estado de miseria y de pecado nos encontrábamos cuando nos hizo conocer la liberación.

---

Como Faraón, turbado por un sueño, los hombres están hoy día atormentados, ansiosos. El futuro les inquieta. Se sienten a la merced de imprevisibles catástrofes. No obstante, la Biblia contiene todo lo que el hombre puede saber respecto al porvenir. Pero las profecías son incomprensibles para aquellos que no tienen el Espíritu de Dios. En vano Faraón consulta a los más sabios de su reino. Ante Dios toda la sabiduría humana fracasa. Entonces aparece José. Le son abiertas las puertas de la cárcel y, con la sabiduría **de lo alto** viene a traer “una respuesta de paz” a Faraón. No deja de aclarar que esta respuesta viene de Dios y no de él mismo (comp. Daniel 2:28).

Un cristiano que conoce la Biblia sabe más sobre el porvenir del mundo que los hombres políticos más listos. Por el Espíritu Santo, Dios “nos ha dado entendimiento” (leer Juan 16:13; 1 Juan 2:20 y 5:20). Espiritualmente hablando, nuestra época corresponde a un período de **abundancia**. Para el mundo será seguida por un tiempo de **hambre** anunciado por los profetas, “no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová” (Amós 8:11). El tiempo de la gracia habrá terminado. Lector, ¿está usted preparado?

Una gran página de la historia de José ha dado vuelta. Después de los **sufrimientos** vienen las **glorias** (comp. Lucas 24:26). El que otrora fue afligido, echado en la cisterna, esclavizado en un país extranjero y encarcelado, llega a ser el señor del país (cap. 42:30), el salvador del mundo, aquel ante quien todas las rodillas se doblan (ver nota, v. 43). Cada uno de esos títulos nos habla de Aquel que, después de haber sido humillado y despreciado, será honrado por todos y por siempre. A Jesús, el Nazareno, Dios le elevó a lo sumo y le coronó de gloria y de honra (Hebreos 2:7). Y, como complemento supremo de todas esas glorias, a José le es dada una esposa, imagen de la Iglesia, tomada de en medio de las naciones (Efesios 1:20-23). Los nombres de sus hijos evocan el penoso trabajo del alma del salvador. Manasés (v. 51): trabajo olvidado. Efraín (v. 52): para gustar fruto en abundancia (comp. Isaías 53:11).

El Salmo 105:16 a 21, ya citado, resume esta historia magnífica. Dios, **antes** de enviar a la tierra el hambre que ya había decretado, preparó a José (tipo de Cristo) por medio de sus aflicciones, para desempeñar el papel de salvador y sustentador de la vida para el mundo y para la familia de Israel (Efraín = **doble** fertilidad). Nosotros también podemos exclamar con admiración, respecto a Jesús: “¿Acaso hallaremos a otro hombre como éste?” (v. 38).

Lo que el Señor anuncia se cumple infaliblemente. Así ocurre con la palabra de José, que era la de Dios mismo. Los siete años de abundancia pasan y después comienza el hambre.

Dios ensaya todos los medios para volver hacia Él los pensamientos de los hombres. Por eso en el mundo se suceden la paz y la guerra, la abundancia y las privaciones, al igual que en la vida de cada ser humano se suceden las alegrías y las pruebas. Desgraciadamente, los hombres casi no piensan en **dar gracias** al Señor por el **gozo** que les otorga y generalmente tampoco acuden a Él para encontrar el socorro en sus **pruebas**. Sin embargo, así como Faraón mandaba: “Id a José”, el Espíritu de Dios apremia a los hombres para que se vuelvan hacia el Salvador, y Él mismo llama: “Venid a mí” (Mateo 11:28). Sí, vayamos al Único que da en abundancia lo que nuestras almas necesitan para ser alimentadas. Sepamos también aprovechar las épocas de abundancia espiritual, las reuniones o lecturas edificantes por ejemplo, para llenar los “graneros” de nuestra memoria y de nuestros corazones (Proverbios 10:5). En los momentos de necesidad, de soledad, de desaliento, lo que hayamos reservado nos dará fuerza y gozo en el Señor. Sobre todo, no olvidemos el final del versículo 55: “Haced lo que él os dijere” (comp. Juan 2:5).

Mientras esos sucesos se desarrollaban en Egipto, la familia de Jacob fue dejada de lado en el texto inspirado. Fue como si Dios hubiese dicho: «Después de vuestro crimen, y ahora que José ya no está en medio de vosotros, ya no tengo ningún interés en contar lo que os concierne». Así ocurre con la triste historia del hombre –y en particular con la de Israel– después de haber rechazado al Salvador. Dios no tiene nada más que decir de ese pueblo. Pero, en su paciencia infinita, no ha olvidado al objeto de sus fieles promesas. Espera solamente el momento favorable para restablecer las relaciones. Y ese momento favorable es el **hambre**. Si Dios permite, incluso en los suyos, pruebas como las privaciones y la enfermedad, es frecuentemente para que Cristo, el verdadero José, tome o vuelva a tomar todo el lugar en sus vidas. No pensemos que el tiempo puede borrar el más mínimo pecado; cada uno de ellos está siempre presente ante los ojos del Señor, incluso si nosotros lo hemos olvidado, y tarde o temprano será necesario habérselas con Él respecto a ese tema.

“Somos hombres honrados” (v. 11), se atreven a afirmar esos hermanos criminales cuando se presentan ante aquel que puede probar lo contrario y confundirlos con sólo revelar su nombre. Pero, después de tres días y otra conversación entre José y sus hermanos, la conciencia de ellos empieza a hablarles.

---

La intención de José al recibir duramente a sus hermanos no es vengarse, lo comprendemos bien. Pero por experiencia conoce la maldad de sus corazones, y su finalidad es llevarlos a un verdadero arrepentimiento. Para ello emplea sucesivamente la severidad y la benevolencia, los sobresaltos y los estímulos, las acusaciones y los festines. Todo es dirigido con la sabiduría más grande; esto nos muestra, por comparación, cómo el Señor obra cuando quiere despertar nuestra conciencia y nuestro corazón. Es necesario que algunas veces nos hable “duramente”.

Las acusaciones de José son injustas. Sus hermanos no son espías. Pero sienten que Dios les habla y recuerdan su común pecado, su propia injusticia en cuanto a su hermano.

A veces padecemos injusticias, pero en lugar de irritarnos y procurar justificarnos, preguntémonos lo que **Dios** quiere enseñarnos por ese penoso medio.

Para Jacob todo conduce a su bien, aunque diga en el versículo 36: “**Contra** mí son todas estas cosas”. Deberá aprender que si Dios está **por** él, nada puede estar **contra** él, y que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios (Romanos 8:28, 31). En efecto, de esta manera Dios le devolverá a José.

Los hermanos de José están llenos de temor. Es un signo de que sus conciencias no se sienten bien. Deben volver a José y darle explicaciones sobre el dinero que han encontrado en sus sacos. ¿Cómo van a ser recibidos? No nos quedemos lejos del Señor cuando tengamos un peso sobre nuestra conciencia. Vayamos enseguida a Él para confesarle todo. El versículo 8 traza el camino que debe seguir todo pecador: **levantarse, ir y vivir** (comp. Lucas 15:18).

Los hombres han podido convencer a su padre para que Benjamín los acompañe y, finalmente, se ponen en camino llevando consigo un presente: el mejor producto del país (v. 11). Pero el poderoso José, aquel cuyos graneros están llenos, ¿tiene necesidad de algo? El hombre siempre ha tenido la pretensión de llevar algo a Dios. Pero de Su parte todo es **gratuito**. No puede aceptar nada, ni siquiera lo mejor que produzca el hombre. Miel, especias, nueces, almendras, son productos de lujo, insuficientes para alimentar a aquellos que no tienen trigo. Lo que hace falta a nuestros corazones es el trigo celestial, el alimento de lo alto, el único que puede calmar el hambre de nuestras almas. El mundo nos presentará algunas golosinas, pero el Señor Jesús, el verdadero José, sólo podrá darnos el trigo del país celestial, presentándose Él mismo a nuestros corazones.

---

¡Cuánto les cuesta a los hermanos de José poner de lado sus propios recursos! No obstante, es necesario que acepten el hecho de que su deuda ha sido pagada. Podemos estar seguros de que las cuentas del mayordomo de José estaban en orden, puesto que afirma: “Yo recibí vuestro dinero” (v. 23). El gran José había pagado personalmente por sus hermanos. Así Cristo ha corrido con todos los gastos de nuestra paz. Nuestra deuda ha sido pagada enteramente y sólo Él conoce la importancia de su monto. Sin embargo, mientras el mal no es juzgado y confesado, el gozo de la **comunión** no puede ser gustado. La comida que toman juntos es imagen de esta comunión, la cual implica un perfecto acuerdo, un reparto, una conversación común entre todos los participantes. ¿No sucede así en la Mesa del Señor, en la cual los creyentes, todos juntos, piensan en Sus sufrimientos? Pero aquí, a causa del pecado que erige una barrera entre ellos, José come aparte de sus hermanos (v. 32).

Al leer estos capítulos podemos ver llorar a José varias veces (cap. 42:24; 43:30; 45:2, 14; 46:29; 50:1, 17 final). ¡Cosa admirable: no le vemos llorar en la cisterna ni en la cárcel! Las que derrama siempre son lágrimas **de amor**. Éstas nos hacen pensar en las del Señor Jesús (Juan 11:35; Lucas 19:41).



La red se estrecha alrededor de los hermanos de José. Circunstancias imprevisibles, pero dirigidas por una mano fiel, les obligan a volverse atrás y a comparecer ante aquel que todo lo sabe. Ahora la conciencia de ellos ha sido conmovida. “¿Qué diremos... con qué nos justificaremos?” (v. 16). Moralmente, ¡cuánto camino han recorrido desde el momento en que pretendían ser gente honrada! (cap. 42:11). Por eso la liberación se aproxima.

Como toda la historia de José, estas escenas tienen un alcance profético. Israel, provisionalmente puesto de lado como consecuencia del rechazamiento de Cristo –el verdadero José– será llevado a reconocer su crimen. Verá en el Nazareno al que despreció y crucificó, a aquel a quien Dios ha hecho **Señor** y **Cristo** (Hechos 2:36), su **Mesías** y, al mismo tiempo, el **Hijo del Hombre** que debe reinar sobre el universo entero. No obstante, para llegar a ese trabajo de conciencia, todavía hace falta que Israel, y especialmente la tribu de Judá, atraviese un tiempo de profundas pruebas, llamado la “**gran tribulación**” (Apocalipsis 7:14). La angustia de los hermanos de José hasta que confiesen su crimen evoca la que soportará el pueblo judío antes de reconocer y de honrar a su Mesías.

---

La finalidad de José era llevar a sus hermanos a pensar en el momento en que, veinte años atrás, junto a la cisterna, habían permanecido insensibles a su angustia cuando pedía piedad (cap. 42:21), así como al dolor de su anciano padre cuando le habían anunciado cruelmente su muerte. Y José quiere ver si ahora son capaces de comprender el sufrimiento de un joven hermano y el de su padre. Pues bien, ¡al final logra conmover sus corazones! ¡Cuán conmovedor es escuchar a Judá hablar de su anciano padre y de su joven hermano, hijo de su vejez!

¡Qué lecciones aprendemos nosotros también! Ponernos en el lugar de los demás para comprender sus alegrías y sobre todo sus penas. Y aún más: entrar de corazón en los afectos del Padre a propósito de su Hijo, en su dolor cuando vio a su Muy Amado en las manos de hombres malvados y oyó su grito sin poderle responder. Finalmente, penetrar aunque sea un poco en los sufrimientos del Hijo cuando llevó el peso de nuestros pecados ante la justicia divina y, cuando en la angustia infinita de su alma, experimentó el abandono de Dios por nosotros. Con frecuencia, ¿no somos tristemente insensibles a esos temas que el Espíritu quiere que consideremos?

Llega el momento que José esperaba desde hacía mucho tiempo. ¡Qué paciencia necesitó! Si se hubiese hecho conocer demasiado pronto, sus hermanos lo habrían honrado por obligación, como el manojo de su sueño, pero el corazón de ellos hubiese permanecido frío y temeroso.

Los hermanos se enteran, pues, de que el gobernador de Egipto, a quien pertenece toda esa gloria, no es otro que aquel a quien ellos habían odiado y rechazado. No solamente está vivo, sino que todas las cosas le son sujetas (Hebreos 2:8). Sus acciones criminales han sido precisamente el medio por el cual los sueños se cumplieron. ¡Qué **desconcierto** puede llenar **sus corazones** al comprobar la noble gracia de la cual José da prueba! ¡No se ha vengado; no les hace ningún reproche; no desea más que la felicidad de ellos! Y **su propio corazón**, ¿no está lleno de **gozo**, un gozo semejante al del Pastor que encontró a la oveja perdida? Ahora los hermanos llevan un feliz mensaje, una buena nueva: deben ir hasta su padre y contarle la gloria de aquel que les perdonó. Esa es también nuestra misión, queridos rescatados del Señor: anunciar a los demás, empeñando por nuestros parientes, lo que hemos encontrado en Jesús, y **contar a Su Padre “toda su gloria”**, en las reuniones de culto.

---

Devolver bien por mal: eso es lo que José hace con sus hermanos. Es lo que el Señor nos enseña (Mateo 5:44), en fin, es la mejor forma de ganar el corazón de alguien.

Los hermanos creían llevar **lo mejor** de lo que tenían (cap. 43:11): un poco de bálsamo, un poco de miel. Pero ahora pueden ver la insignificancia de ello. Faraón personalmente les promete **lo mejor** del país, diciéndoles al mismo tiempo: “No os preocupéis por vuestros enseres” (v. 20). La presencia del Señor y el goce de sus glorias están ante nosotros. Las cosas de la tierra que tengamos que abandonar por Él carecen de valor en comparación con aquello (Marcos 10:29, 30). Tenemos una prueba de que Jesús está vivo, glorioso y nos espera en el cielo: nos ha enviado el Espíritu Santo, prenda o garantía de nuestra herencia (Efesios 1:14). Observemos que José no solamente da a sus hermanos un país donde morar, sino también lo necesario para el camino que les conduce a él. ¿Carros? Jesús se hace cargo de nosotros. ¿Alimentos? Su Palabra es nuestra comida. ¿Vestidos? Cristo puede y debe ser visto en nosotros (Gálatas 3:27). Por último, la exhortación de aquel que conoce muy bien a sus hermanos: ¡“No riñáis por el camino”! (v. 24). ¿Tenemos nosotros menos necesidad de ella?

Más que sus glorias y sus riquezas, hemos considerado el **amor** de José **por sus hermanos** y la grandeza de su **perdón**. Para aquellos de entre nosotros que viven en familia, con hermanos y hermanas, ¿no es ocasión para aprender una conmovedora lección de amor y de paciencia? Pero el amor de José **por su padre** Jacob, su consideración, sus atenciones, su prisa por verlo, su diligencia para ponerse a su disposición, también son un modelo para nosotros. ¿Amamos y respetamos así a nuestros padres?

La familia de Israel se pone en camino, y ¡pasa por Beerseba, pozo del juramento! Allí las **promesas** son confirmadas a Jacob por un Dios fiel: “No temas de descender a Egipto”, le dice (v. 3; comp. Isaías 41:14). ¡Qué cambio se produce en Jacob! Antes era conducido por su propia voluntad, ahora teme dar un paso sin Dios. Por eso Dios lo estimula prometiéndole descender con él. ¿Puede el Señor acompañarnos siempre a todos los sitios donde vamos?

Luego tiene lugar el conmovedor encuentro con su muy amado hijo, quien todo lo ha preparado con abnegación para la felicidad de los suyos. “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros” –prometió el Señor Jesús– “para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:2, 3).

---

El gran José hubiera podido avergonzarse de esta familia de simples pastores venidos a mendigar trigo porque tenían hambre, de esos extranjeros sospechosos de ser espías y ladrones. ¡Eso sería no conocerlo! Ante todos los reconoce como sus hermanos. Y para Faraón es suficiente que sean hermanos de José para que la gloria del salvador de Egipto se proyecte sobre ellos. En eso también volvemos a encontrar a Jesús. No le da vergüenza llamarnos **sus hermanos** (Hebreos 2:11). Y a causa de Él, Dios nos recibe con favor, pues hemos sido hechos **aceptos en el Amado** (Efesios 1:6). José presenta su padre a Faraón. ¡Escena conmovedora y llena de belleza! Un pobre anciano encorvado sobre su báculo bendice al potente monarca. De los dos, según la apreciación divina, el hombre de Dios es más excelente (Hebreos 7:7).

Generalmente los que ocupan altos cargos se distancian de los demás; pero en José, su gloria no atenua en nada su cariñosa solicitud hacia los suyos y sus familias. Los bienes que distribuye son medidos “según el número de los hijos” (v. 12). ¡Figura admirable de nuestra relación con Cristo y de todo lo que resulta de ella! Desde ahora poseemos la mejor parte (v. 11). Nuestra fe puede faltar, pero Su gracia fiel jamás faltará.

El cumplimiento del sueño de Faraón era inseparable de la persona de José. Primero la abundancia y luego el hambre hicieron que José fuera reconocido como el sustentador de la vida, el salvador del mundo (v. 25).

Cristo es el **centro** de las profecías. Pronto poseerá el dominio universal. Todas las familias de las naciones se postrarán ante Él (Salmo 22:27). Pero, para pertenecerle y rendirle homenaje, los creyentes no esperan hasta ese momento. Jesús realiza un trabajo en ellos. Empieza por saciar a aquellos cuyas almas tienen necesidades (Salmo 107:9). Después, como José con los egipcios, hace que poco a poco todo se encuentre sometido a Dios. Aceptar los derechos del Señor sobre nuestros días, bienes, cuerpos y corazones, tal es el secreto de una entera liberación. El Señor no se contenta con un sacrificio cualquiera de nuestra parte. Nos reclama por entero en virtud del derecho que adquirió sobre nosotros. Nos ha comprado a gran precio para Dios (1 Corintios 6:19, 20). Ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que hemos llegado a ser los felices siervos de Dios y del Señor Jesucristo (comp. Santiago 1:1), con todas las consecuencias que eso acarrea. En adelante dependemos enteramente de Él, no solamente para ser provistos de todo, sino también para que en nuestra vida haya frutos para su gloria.

---

La larga vida de Jacob está a punto de terminar. El patriarca ha reconocido ante Faraón que sus días fueron cortos y malos (cap. 47:9). Ha pasado por experiencias penosas y, por su culpa, ha perdido muchos años. Su carrera no ha alcanzado el nivel espiritual de la de Abraham o Isaac. ¿Por qué, entonces, no sabemos nada de los últimos momentos de esos patriarcas y, en cambio, el fin de Jacob nos es contado con detalles? Precisamente porque su triunfante fin subraya y glorifica la gracia de Dios para con él; ésta es el coronamiento de Su paciente trabajo de disciplina; era necesario que nosotros pudiésemos admirar el fruto. Jacob recuerda el camino de su vida y evoca las etapas: Luz —es decir, **Bet-el**—, donde Dios se le dio a conocer; **Efrata** y la muerte de Raquel. Consideremos nosotros también el camino recorrido. Todas nuestras miradas hacia atrás harán sobresalir la **misericordia** de Aquel que, con el mismo amor, nos ha dirigido, soportado, reprendido, consolado. Ahora Jacob se inclina a la cabecera de la cama (cap. 47:31), donde, como lo traduce Hebreos 11:21, **adora**, apoyado sobre el extremo de su bordón de peregrino. Sin esperar nuestro último día de vida, ¡quiera Dios que ésta sea nuestra respuesta al amor del Señor Jesús!



“Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José” (Hebreos 11:21). Al conferir al más joven la bendición del mayor e inversamente, su pensamiento debió trasladarse a la triste escena del capítulo 27. Ahora está ciego, como lo estaba entonces Isaac. Pero sabe discernir el pensamiento de Dios. Se ha observado que Jacob nunca había andado tan bien como cuando cojeaba y que nunca había visto tan claro como cuando se quedó ciego. Invoca al “Dios que ha sido el Pastor mío desde que existo hasta el día de hoy” (v. 15; V.M.). Conocía por experiencia las actividades y las penas de un pastor (cap. 31:38-40). Ahora toma el lugar de una oveja y mide los pacientes cuidados de los cuales ha sido objeto por parte de su Pastor. Como Jacob, David también aprendió junto al rebaño, pues “era pastor de las ovejas” (1 Samuel 17:34). Más tarde fue llamado para que apacentara a Israel (2 Samuel 7:7, 8). Y, sin embargo, es él quien compuso el Salmo 23: “Jehová es **mi** pastor”. Cada uno de nosotros conoce el nombre bondadoso con el cual el Señor Jesús se designa: “Yo soy **el buen Pastor**” (Juan 10:11, 14). Nombre que justificó al dar su vida por sus amadas ovejas, y también cuidando de ellas y conduciéndolas como Dios cuidó de Jacob, incluso sin que lo supiera, durante toda su vida. Pero, ¿puede cada uno de nosotros decir como Jacob y David: Él es **mi** Pastor?

---

Nos encontramos de nuevo ante un capítulo con carácter profético. En las últimas palabras de Jacob a sus hijos, toda la historia del pueblo de Israel se encuentra trazada y resumida de antemano. Bajo el gobierno de los jueces y los reyes, Israel se corrompió, tal como lo hizo **Rubén** (cap. 35:22); abandonó a Jehová para ir tras los ídolos. Después, como **Simeón** y **Leví** en el capítulo 34, la violencia se manifestó al rechazar a los profetas y al mismo Mesías, provocando la dispersión del pueblo judío entre las naciones. Cristo es representado por **Judá**, su tribu de nacimiento. A Él pertenecen el cetro del reino y el poder. Luego encontramos a Israel dispersado bajo el juicio de Dios, desplegando una actividad comercial y al mismo tiempo estando bajo el yugo de las naciones. Es el período actual, personificado por **Zabulón** e **Isacar**. En cuanto a **Dan**, representa al Anticristo, personaje judío que en un futuro próximo será recibido por Israel como su Mesías. “Serpiente junto al camino”, figura terrible de las potencias satánicas que obrarán entonces sin moderación. Ante esta horrorosa perspectiva, el residuo fiel no podrá contar más que con la liberación de lo alto: “Tu salvación esperé, oh Jehová” (v. 18). Esta esperanza es el tema de los Salmos 130 y 131. Y nosotros, ¿estamos esperando al Señor?

Cuando la Iglesia sea quitada de esta escena, “la hora de la prueba” vendrá “sobre el mundo entero” (Apocalipsis 3:10). Un residuo creyente de Israel atravesará esta gran tribulación. Lo podemos reconocer en las palabras dirigidas por Jacob a **Gad**. **Benjamín** nos habla del rey (Cristo) que inaugura su reinado después de la destrucción de sus enemigos, mientras que **Aser** y **Neftalí** representan al pueblo que por fin será bendecido por el establecimiento del reino.

Aun sabiendo que en ese momento ya no estará en la tierra, el hijo de Dios (el creyente) se interesa por estos temas y se regocija pensando que el verdadero **José**, Cristo, quien fue odiado y rechazado, tendrá el poder supremo y será una bendición para el mundo entero. “Rama fructífera es José... cuyos vástagos se extienden sobre el muro” (v. 22), más allá de los límites de Israel. La bendición se extenderá a las naciones ajenas a las promesas. Así Jesús, el verdadero José, fue “apartado de entre sus hermanos” (literalmente: **nazareno**) (v. 26). Antes “le causaron amargura... y le aborrecieron” (v. 23); ahora Dios “le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2:9, 10). Lector, este nombre puesto aparte, este nombre de Jesús, Dios salvador, ¿es grande para usted?

---

El Génesis contiene todos los grandes acontecimientos relativos a la familia humana: nacimiento, boda, pérdida de una esposa, de una madre, de un padre, y nos muestra **la fe** en actividad para atravesarlos. El fin de Jacob es muy hermoso. El buen país de Gosén, donde había pasado los últimos diecisiete años de su vida, no le había hecho olvidar el de Canaán ni las promesas que Jehová le había hecho en Beerseba (cap. 46:4). Y mostró a sus hijos el precio que le atribuía al darles órdenes formales para su sepultura. Debía reposar en la cueva de Macpela, donde los miembros de la familia de la fe esperan el día de la resurrección. El precio fue pagado en otro tiempo para asegurarle el derecho.

Los funerales del patriarca se realizan con gran solemnidad. De una manera general, en el Antiguo Testamento vemos que el entierro de un hombre corresponde a su fidelidad. La sepultura de Joiada y la de Ezequías también honraron la piedad de ellos (2 Crónicas 24:16; 32:33). Hoy día, el hecho de que un creyente deje este mundo no da lugar a grandes ceremonias. Para el hijo de Dios, la muerte ha perdido su terrible poder; ésta es asimilada a un simple sueño que terminará con la resurrección (1 Tesalonicenses 4:13, 14). Pero, si bien la muerte ha perdido su aguijón, jamás olvidemos lo que le costó a su Vencedor.

Después de la muerte de su padre, a José todavía le está reservada una pena. Sus hermanos dudan de su amor. Piensan que, desaparecido Jacob, ahora José se va a vengar. ¡Con qué ternura los tranquiliza, les explica el pensamiento de Dios y les confirma su promesa de sustentarlos, junto con sus nietos! Muchos cristianos se parecen a los hermanos de José. No se atreven a creer que están enteramente perdonados (1 Juan 4:18). De una manera general, ¿no ponemos en duda el amor del Señor, del cual, sin embargo, nos ha dado tantas pruebas? Su corazón es infinitamente sensible a esa falta de confianza. Es como si nos dijese: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido?” (Juan 14:9).

Al terminar el estudio del Génesis comprobamos que casi todos los misterios de Dios se encuentran bosquejados. Pero, antes de que el libro se termine, oímos el **ciertamente** de la fe (v. 24). “Dios **ciertamente** os visitará” son las últimas palabras de José a sus hermanos, el único de todos sus actos que nos es relatado en Hebreos 11:22. Aún en medio de la abundancia y del bienestar de Egipto, considera la salida de sus hermanos y el traslado de sus huesos a Canaán. ¡Imitemos la fe de José!